

# Colección Pedagógica Universitaria

No. 37-38

enero-junio/julio-diciembre 2002

## El Conflicto de las Facultades

Pierre Bourdieu\*

«La clase de las facultades superiores (de alguna manera la derecha del parlamento de la ciencia) defiende los estatutos de gobierno; sin embargo, debe también existir en una constitución libre, como debe serlo cualquiera que trate acerca de la verdad, un público de oposición (la izquierda), los estudiantes de la facultad de filosofía, pues, sin cuyo escrutinio y severas objeciones, el gobierno no estaría lo suficientemente informado sobre lo que puede serle útil o perjudicial»

E. Kant, *Le conflit des facultés*

En tanto “capacidades”, cuya posición en el espacio social descansa principalmente en la posesión de capital cultural –especie dominada de capital–, los profesores universitarios se sitúan más bien del lado del polo dominado del campo del poder, y se oponen nítidamente bajo esa relación a los patrones de la industria y del comercio. Pero, como detentores de una forma institucionalizada de capital cultural que les asegura una carrera burocrática con ingresos regulares, se oponen a los escritores y a los artistas: mientras ocupan una posición temporalmente dominante en el campo de producción cultural, se distinguen, por esto, en grados diversos según las facultades, de los ocupantes de los sectores menos institucionalizados y más heréticos de este campo (y sobre todo de los escritores y artistas llamados “libres” o *free lance*, por oposición a los que pertenecen a la universidad).<sup>1</sup>

Aunque la comparación sea difícil, a raíz de los problemas que plantea la delimitación de las dos poblaciones consideradas (y sobre todo de su superposición parcial), se puede establecer, apoyándose en la comparación de los colaboradores regulares de revistas “intelectuales” como *Temps modernes* o *Critique*, que los profesores universitarios, cercanos en eso a los altos funcionarios, presentan, más a menudo que los escritores y los intelectuales (que tienen tasas de soltería o de divorcio relativamente elevadas y un débil número promedio de hijos), diferentes

## El Conflicto de las Facultades

índices de integración social y de respetabilidad (débil tasa de soltería, gran número promedio de hijos, tasas elevadas de condecoraciones, títulos de oficiales de la reserva, etc.) y esto tanto más a medida que uno se eleva en la jerarquía social de las facultades (ciencias, letras, derecho, medicina).<sup>2</sup>

A este conjunto de indicaciones convergentes, se pueden agregar los datos brindados por la encuesta de Alain Girard acerca del éxito social, donde se ve que los escritores imputan su éxito a factores carismáticos (dones, cualidades intelectuales, vocación) en 26,2% de los casos, contra 19,1% para los profesores, quienes invocan con una frecuencia particular el papel de su familia de origen (11,8 contra 7,5%), de sus maestros (9,1 contra 4,4%) y de su esposa (1,7 contra 0,3%). Ellos se encuentran a gusto rindiéndoles homenaje a sus maestros. Homenaje general al conjunto de sus maestros, en los diferentes niveles educativos, u homenaje a uno de ellos en especial que los ha distinguido, o despertó su vocación, o que incluso los dirigió o ayudó posteriormente en sus propias investigaciones. Un sentimiento de gratitud y a veces hasta de veneración o de fervor con respecto a sus maestros atraviesa frecuentemente la lectura de sus respuestas. En el mismo sentido, reconocen también, de manera más frecuente que los otros, la influencia de su familia, que les dio desde la infancia el respeto a sus cualidades intelectuales o morales y facilitó la realización de su carrera. No son insensibles al sentimiento de haber obedecido a una vocación, y finalmente, más habitualmente que muchos otros, evocan la armonía que reina en el seno de sus hogares y el apoyo que siempre encontraron en sus mujeres (A. Girard, *La réussite sociale en France, ses caractères, ses lois, ses effets*, París, PUF, 1961, pp. 158-159).<sup>3</sup>

De hecho, más que índices de integración social y de adhesión al orden dominante, habría que considerar indicadores de la distancia, variable de acuerdo a las sociedades y los momentos, entre el campo universitario y el campo del poder económico o político, por un lado, así como, por el otro, el campo intelectual. De esta manera, la autonomía del campo universitario no deja de crecer en el transcurso del siglo XIX. Como lo demuestra Christophe Charle, el profesor de educación superior se aleja del notable –designado directamente por el poder político y comprometido con la política como lo estaba en la primera mitad del siglo–, para convertirse en un maestro seleccionado y especializado, extraído del medio de los notables por una actividad profesional incompatible con la vida política y animado de un ideal específicamente universitario; paralelamente, tiende a tomar sus distancias respecto del campo intelectual, como se ve mucho en el caso de los profesores de literatura francesa (especialmente Lanson) que, al profesionalizarse y dotarse de una metodología específica, tienden a romper con las tradiciones mundanas de la crítica.

Sin embargo, hay que abstenerse de llevar muy lejos la comparación, destinada solamente a fijar una *posición*, entre la población de los profesores tomada en su conjunto y tal o cual fracción de la clase dominante. Efectivamente, como el campo de las instituciones de educación superior (es decir, el conjunto de las facultades y las grandes escuelas), cuya estructura reproduce en la lógica propiamente escolar la estructura del campo del poder (o, si se prefiere, las oposiciones entre las fracciones de la clase dominante) al cual introduce, los profesores de las diferentes facultades se distribuyen entre el polo del poder económico y político y el polo del prestigio cultural, según los mismos principios que las diferentes fracciones de la clase dominante. Ciertamente, se ve aumentar la frecuencia de las propiedades más características de las fracciones dominantes de la clase dominante a medida que se pasa de las facultades de ciencias a las facultades de letras, y de éstas a las facultades de derecho y de medicina (mientras que la posesión de marcas distintivas de la excelencia académica, como las designaciones a los concursos generales,<sup>4</sup> tiende a variar en relación inversa a la jerarquía social de las facultades). De hecho, todo parece indicar que la dependencia con respecto al campo del poder político o económico varía en el mismo sentido, mientras que la dependencia con respecto a las normas propias del campo intelectual –que imponen, sobre todo a partir del *affaire* Dreyfus, la independencia con respecto a los poderes temporales y a las toma de posiciones políticas de una especie completamente nueva, es decir exteriores y críticas a la vez– se impone sobre todo a los profesores de las facultades de letras y de ciencias humanas, pero de modo muy desigual según su posición en este espacio.

El análisis estadístico cuyos resultados se presentan aquí se aplicó a una muestra aleatoria (n=405), cuya tasa varía entre 45 y 55%, dependiendo de las facultades, de profesores titulares de las facultades parisinas (excluida la facultad de farmacia) registradas en el *Annuaire de l'Éducation nationale* del año 1968.<sup>5</sup> Aunque la recolección de datos, emprendida en 1967, al mismo tiempo que un conjunto de entrevistas a profundidad con los profesores de ciencias y de letras, luego interrumpida, se haya llevado a cabo, esencialmente, en 1971, quisimos describir el estado del campo universitario en vísperas de 1968 dadas las necesidades de comparación con la encuesta sobre el poder en las facultades de letras y de ciencias humanas (que se habían emprendido en esta fecha y cuyos resultados se presentan más adelante) y también en nombre de la convicción que en ese *momento crítico* en el que sobrevivió aún la tradición más antigua del cuerpo y donde se anunciaron las señales de transformaciones posteriores, particularmente todos los efectos de los cambios morfológicos de la población estudiantil y del cuerpo docente, encerraba el

principio y las reacciones de las diferentes categorías de profesores a la crisis de mayo de 1968 y los límites de las transformaciones institucionales que se produjeron a partir de las reformas posteriores a esta crisis.<sup>6</sup>

Para realizar esta especie de *prosopografía* de los profesores de facultad, se reunió, para cada uno de los profesores de la muestra, el conjunto de informaciones proporcionadas por las fuentes escritas y por diferentes encuestas realizadas anteriormente, aunque con otros fines, las más de las veces administrativos, sea con nuestra colaboración (se encontrará en el anexo la descripción crítica de las operaciones de recolección de los datos y de las fuentes utilizadas) o expresamente realizadas por nosotros para completar o verificar las informaciones obtenidas de otras fuentes (entrevistas a profundidad y encuestas telefónicas a profesores de la muestra). La decisión de recurrir principalmente, y exclusivamente para lo que hace a todas las preguntas de opinión, a las fuentes escritas se impuso por diversas razones. En principio, como se pudo observar al momento de las entrevistas, una parte muy fuerte de los profesores interrogados se negó a clasificarse políticamente y rechazó o anuló, por diferentes argumentos, los intentos por que se hagan cargo de sus tomas de posición política o sindical.<sup>7</sup> Luego, era evidente que no había casi ninguna duda, sea que se tratase de posiciones de poder ocupadas, este objeto eminente de la protesta de 1968, o de las tomas de posición respecto de las reformas o sobre sus efectos, las que no fueron afectadas por la relación originada a partir de la encuesta y percibidas como una puesta en tela de juicio, en el prolongamiento del conflicto de los “mandarines” (al cual varios de los profesores interrogados hicieron alusión de manera espontánea). En resumen, para evitar tan completa como posiblemente las distorsiones, disimulos y deformaciones, al mismo tiempo que la sospecha o la acusación de catalogamiento sectario y de inquisición policíaca, en las que el sociólogo y sus “fichas” incurren generalmente en los medios intelectuales y artísticos, se tomó la decisión de atenerse exclusivamente a las informaciones *públicas o destinadas a la publicación* (tales como la información deliberada y conscientemente divulgada con motivo de diferentes encuestas, con miras al establecimiento de anuarios de investigadores o escritores, a las cuales habíamos estado asociados). Procedimiento tanto más necesario cuanto que deseábamos poder publicar diagramas que utilizan nombres propios, como lo habíamos hecho para otros medios. De esta manera reunimos todos los indicadores pertinentes:

- a) Los principales determinantes sociales de las oportunidades de acceso a las posiciones ocupadas, es decir, los determinantes de la formación del *habitus* y del éxito escolar, el capital económico y sobre todo el capital cultural y social heredados: el origen social (profesión del padre, inscripción al *Bottin mondain*),<sup>8</sup> origen geográfico, religión de origen de la familia;<sup>9</sup>
- b) Determinantes escolares, que son la retraducción escolar de los precedentes (capital escolar): establecimiento frecuentado (secundaria pública o colegio privado, parisino o provincial, etc.) y el éxito escolar (concurso general) durante los estudios secundarios; establecimiento frecuentado durante los estudios superiores (en París, la provincia, o el extranjero) y los títulos obtenidos;<sup>10</sup>
- c) Del capital de poder universitario: pertenencia al Instituto, al Comité Consultivo de Universidades (CCU), ocupación de posiciones tales como decano o Director de UER, director de instituto, etc. (la pertenencia a los jurados de los grandes concursos, de la ENS, de oposición, etc., que se ha conservado para la encuesta sólo sobre las facultades de letras, no pudo ser tomada en cuenta para el conjunto de las facultades debido a la incomparabilidad de las posiciones involucradas);<sup>11</sup>
- d) Del capital de poder científico: dirección de un organismo de investigación, de una revista científica, docencia en una institución de enseñanza de investigación, participación en el directorio del CNRS (Centro Nacional de la Investigación Científica), en las comisiones del CNRS, en el Consejo superior de la investigación científica;
- e) Del capital de prestigio científico: pertenencia al Instituto, distinciones científicas, traducciones a lenguas extranjeras, participación en *coloquios* internacionales (el número de menciones en el *Citation Index*, demasiado fluctuante dependiendo de la facultad, no pudo ser conservado, como tampoco la dirección de revistas o de colecciones científicas);<sup>12</sup>
- f) Del capital de reconocimiento intelectual: pertenencia a la Academia Francesa y mención en el *Larousse*, presencia en la televisión, colaboración en periódicos, semanarios o revistas intelectuales, publicación en colección de bolsillo, pertenencia al comité de redacción de revistas intelectuales;<sup>13</sup>

## El Conflicto de las Facultades

- g) Del capital de poder político o económico; inscripción en el *Who's who*, pertenencia a gabinetes ministeriales, a las comisiones del Plan, docencia en las escuelas del poder, condecoraciones diversas;<sup>14</sup>
- h) Las disposiciones “políticas” en el sentido amplio: participación en los coloquios de Caen (noviembre, 1966) y de Amiens (1968), firma de peticiones diversas.

### Distanciamiento y adhesión

El campo universitario reproduce en su estructura al campo del poder cuya propia acción de selección y de inculcación contribuye a reproducir la estructura. Es, en efecto, en y por su funcionamiento como espacio de diferencias entre las posiciones (y, al mismo tiempo, entre las disposiciones de sus ocupantes) que se lleva a cabo, aparte de cualquier intervención de las conciencias y de las voluntades individuales o colectivas, la reproducción del espacio de las posiciones diferentes que son constitutivas del campo del poder.<sup>15</sup> Como lo muestra de manera clara el diagrama del análisis de correspondencias, las diferencias que separan a las facultades y las disciplinas como las que se pueden captar a través de las características de los profesores, presentan una estructura análoga a la del campo del poder en su conjunto: las facultades temporalmente subordinadas, la facultad de ciencias y, en menor grado, la facultad de letras, contrastan con las facultades socialmente dominantes –casi indistinguibles en este sentido–, la facultad de derecho y la facultad de medicina, por todo un conjunto de diferencias económicas, culturales y sociales, donde se reconoce lo esencial de lo que hace la oposición, en el seno del campo del poder, entre la fracción dominada y la fracción dominante.

Esta oposición principal se manifiesta con la sola lectura de los cuadros estadísticos que presentan la distribución de los diferentes indicadores más o menos directos del capital económico y cultural. La misma jerarquía –ciencias, letras, derecho, medicina– que se observa cuando se distribuye a los profesores de las diferentes facultades de acuerdo al origen social, identificado a través de la profesión del padre (las partes de los profesores que proceden de las clases dominantes son 58; 60.0; 77.0; 85.5% respectivamente), se encuentra cuando se consideran otros indicadores de la posición social, como el paso por un establecimiento de educación privado, excepto una inversión para el derecho y la medicina (9.5; 12.5; 30.0; 23.0). Y se constata aún que la parte de las diferentes

fracciones –jerarquizadas ellas mismas de acuerdo al capital económico y al capital cultural– de donde provienen los profesores de las diferentes facultades varía de acuerdo al mismo orden: la parte de los hijos de profesores es máxima para los profesores de letras (23.3%) y mínima para los profesores de medicina (10.0%), mientras que los profesores de medicina (fundamentalistas<sup>16</sup> exceptuados) y sobre todo los profesores de derecho son más frecuentemente provenientes de miembros de profesiones liberales y de dirigentes o de cuadros de los sectores público o privado.<sup>17</sup>

De hecho, un análisis más detallado muestra que individuos clasificados en la misma categoría profesional presentan características diferentes dependiendo de las facultades. Así, además de que son mucho menos raros que en derecho o en medicina, los profesores de las facultades de letras o de ciencias que proceden de las clases populares tienen su ramificación de ascensión propia, la Escuela normal de maestros; por el contrario, en las facultades de derecho o medicina, casi todos proceden de la escuela primaria privada. La misma oposición se volverá a encontrar en el caso de los profesores que salen de las carreras de educación (y que están mucho más representados en letras y en ciencias que en derecho). De modo que es imposible determinar, dentro de los límites de la información disponible (y también de las poblaciones involucradas, siempre muy restringidas), si, estando en relación con individuos del mismo origen, cuyas prácticas y representaciones varían según la facultad o la disciplina, se debe imputar esas diferencias en la trayectoria (como el grado de improbabilidad de las carreras mencionadas) o, en el caso indudablemente más frecuente, a una combinación de los dos efectos.

### ***Nota concerniente a los cuadros siguientes***

Los cuadros adjuntos presentan la distribución según las facultades –ciencias, letras, derecho o medicina– de un cierto número de indicadores del capital heredado o adquirido (bajo sus diferentes especies).<sup>18</sup> Renunciamos a presentar la distribución por disciplina enseñada (la que, en el análisis de correspondencias, interviene sólo como variable ilustrativa). Efectivamente, los reagrupamientos indispensables presentan muchas incertidumbres. ¿Había que juntar la mecánica con las matemáticas o con la física fundamental, la genética a las ciencias sociales o a la bioquímica? La filología árabe clásica, ¿debía ponerse al lado de la enseñanza de lenguas y literatura extranjeras, igual que la filología inglesa o alemana, o con las letras y filologías antiguas? Y la demografía que se enseña en las facultades de letras, ¿está junto a la filosofía

## El Conflicto de las Facultades

(como lo indican los anuarios), de la geografía o de las ciencias humanas? En lo que hace al derecho, ¿es menos legítimo clasificar la enseñanza de la historia de las ideas políticas o de la historia del pensamiento económico en la sección de historia del derecho que colocarla con el derecho público o la economía política? Las cosas no están más claras en medicina y no siempre es posible distinguir, por ejemplo, a los clínicos de los cirujanos. Los ejemplos podrían multiplicarse. De esto se deduce que cada una de las decisiones habría implicado una encuesta a profundidad en cada uno de los círculos involucrados. Preferimos, pues, limitarnos a las grandes divisiones administrativas en ciencias, letras, derecho, medicina, las cuales, por vastas y convencionales que sean, recuperan, sin embargo, al momento de la encuesta, una realidad de la vida universitaria.

I. Indicadores demográficos e indicadores de capital heredado o adquirido					
	Ciencias n=128	Letras n=120	Derecho n=87	Medicina n=70	Total n=405
<b>Sexo</b>					
Hombres	91.4	91.7	96.6	100.0	94.0
Mujeres	8.6	8.3	3.4	—	6.0
<b>Año de nacimiento</b>					
antes de 1900	2.3	3.3	2.3	1.6	2.5
1900-1904	13.4	8.3	9.2	15.9	11.5
1905-1909	11.0	15.0	13.8	21.8	14.6
1910-1914	21.9	20.0	21.8	25.9	22.0
1915-1919	14.3	10.8	9.2	15.9	12.5
1920-1924	21.9	23.4	21.8	14.5	21.0
1925-1929	7.9	12.5	16.2	2.9	10.4
1930 y posterior	5.6	5.9	3.5	1.5	4.5
ND (no determinado)	1.7	0.8	1.2	—	1.0
<b>Estado civil</b>					
Solteros	4.1	4.2	6.1	—	3.9
Casados	89.3	92.5	92.5	98.5	92.4
Divorciados	2.5	0.8	—	1.5	1.3
Víduos	4.1	2.5	1.4	—	2.4
<b>Número de hijos</b>					
Solteros	4.1	4.2	6.1	—	3.9
sin hijos	6.4	10.0	8.3	5.9	7.7
1 hijo	19.6	15.0	11.6	10.4	14.9
2 hijos	23.6	21.6	20.7	24.4	22.5
3 hijos	19.6	25.0	20.7	23.1	22.1
4 hijos	17.2	12.5	19.7	21.6	17.2
5 o más hijos	9.5	10.9	12.8	12.9	11.2
ND	—	0.8	—	1.7	0.5
<b>Lugar de nacimiento</b>					
París y alrededores	29.3	37.5	19.5	51.2	33.3
Otro	69.9	62.5	79.3	45.9	65.7
ND	0.8	—	1.2	2.9	1.0
<b>Lugar de Residencia</b>					
París 16, 17, 8, 7 + Neuilly	*6.4	13.4	36.9	58.6	24.0
París 5, 6, 13, 14	*25.1	28.3	18.7	28.6	25.3
París otros distritos	*7.2	10.0	12.9	5.7	8.9
suburbios 78 y 92 (excepto Neuilly)	*9.5	18.3	21.9	4.3	13.9
Otro	*7.2	15.8	5.9	2.8	8.7
<b>Religión</b>					
Judíos	15.6	3.3	5.9	7.3	8.4
Protestantes	6.3	9.2	10.5	5.9	7.9
Católicos reconocidos	7.8	19.2	21.8	41.6	20.0
Otras	70.3	68.3	62.0	45.2	63.7



## El Conflicto de las Facultades

<b>(Cont.) I. Indicadores demográficos e indicadores de capital heredado o adquirido</b>					
	<b>Ciencias</b>	<b>Letras</b>	<b>Derecho</b>	<b>Medicina</b>	<b>Total</b>
<b>CSP (categoría socioprofesional) del padre</b>					
obrero agrícola asalariado	8.6	10.0	3.5	1.5	6.7
empleado, artesano, mando medio, maestro de primaria	33.6	30.0	19.5	11.4	25.7
ingeniería, industria, mando superior	25.8	23.4	27.6	32.8	26.7
empleado público superior, magistrado, profesional liberal, administrador	12.5	13.3	37.9	42.8	23.5
Profesor, intelectual	19.5	23.3	11.5	10.0	17.2
ND	-	-	-	1.5	0.2
<b>Who's who</b>	40.6	46.7	60.9	50.0	48.4
<b>Bottin mondain</b>	1.6	1.7	12.6	37.1	10.1
<b>Condecoraciones</b>					
Legión de honor	*28.9	25.8	41.4	61.4	36.3
Orden del mérito	*11.7	3.3	8.1	8.6	7.9
<b>II. Indicadores del capital escolar</b>					
<b>Estudios secundarios en el sector privado</b>					
Pasó por el privado	9.5	12.5	29.9	22.9	17.1
Sólo público	78.5	81.7	68.9	75.6	77.0
ENI	8.7	5.0	-	-	4.2
NR	3.3	0.8	1.2	1.5	1.7
<b>Secundaria</b>					
Gds secundarias parisinas	22.7	39.2	10.4	11.5	22.9
Otras secundarias parisinas	27.4	22.4	12.7	41.2	24.9
Secundarias de provincia/en el extranjero	39.7	30.0	52.6	24.3	37.5
Privada París	1.6	3.4	3.5	12.9	4.4
Privada provincia	4.7	4.2	19.6	2.9	7.4
NR	3.9	0.8	1.2	7.2	2.9
<b>Estudios superiores</b>					
Pasó por París	86.7	87.5	63.2	88.6	82.4
Sólo en la Provincia	13.3	12.5	36.8	5.7	16.7
NR	-	-	-	5.7	0.9
<b>Estudios en el extranjero</b>					
Sí	7.8	8.4	10.4	4.5	7.9
No	85.1	91.6	89.6	91.0	89.1
NR	7.1	-	-	4.5	3.0
<b>Concurso general</b>					
Galardonado	10.1	14.1	6.8	5.7	9.8

\* Estas cifras no tienen más que un valor indicativo debido a la tasa elevada de profesores para quienes no pudo obtenerse la información (más del 40%)

## El Conflicto de las Facultades

III. Indicadores del capital de poder universitario					
	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
<b>Comité consultivo</b>	27.4	34.2	26.4	41.4	31.6
<b>Reconocimientos académicos</b>	26.6	51.7	40.2	15.7	35.0
<b>Instituto</b>					
Instituto	10.2	3.3	5.7		
Academia nacional de medicina				12.9	8.1
<b>Decano</b>	11.7	17.5	32.2	20.0	19.3
<b>Director de UER</b>	15.2	34.2	31.1	14.3	22.7
IV. Indicadores del capital de poder y de prestigio científico					
<b>Comisiones en el CNRS</b>	33.6	37.5	9.2	10.0	25.4
<b>Dirección de laboratorio del CNRS</b>	22.6	15.0	10.3	8.6	15.3
<b>Docencia en escuelas intelectuales (ENS)</b>	17.2	39.2	5.7	2.9	18.8
<b>Coloquios o conferencias</b>					
De 1 a 3	24.2	30.8	51.7	28.6	32.8
4 o más	46.9	31.7	26.4	37.1	36.3
Ninguna	28.9	37.5	21.9	34.3	30.9
<b>Medalla de la CNRS</b>	2.4	0.8	-	1.4	1.2
<b>Traducciones</b>					
Sí	15.6	25.0	16.1	8.6	17.3
No	84.4	75.0	83.9	91.4	82.7
V. Indicadores del capital de notoriedad intelectual					
<b>Libros de bolsillo</b>	4.7	30.0	20.7	5.7	15.8
<b>Artículos en <i>Le Monde</i></b>	3.9	15.0	11.5	5.7	9.1
<b>Artículos en revistas y semanarios</b>	2.3	21.7	14.9	2.8	10.9
<b>Emisiones televisivas</b>	5.5	15.0	1.1	10.0	8.1
VI. Indicadores del capital de poder político o económico					
<b>Organismos públicos</b>	14.8	16.7	41.4	65.7	29.9
<b>Comisiones del Sexto Plan Quinquenal</b>	0.8	0.9	5.7	4.3	2.5
<b>Docencia en escuelas del poder</b>	12.5	8.3	28.7	1.4	12.8

Los indicadores del capital económico o social actualmente detentados por los miembros de las diferentes facultades, se distribuyen de acuerdo a la misma estructura, sea que se trate de la residencia en un barrio elegante, como los distritos XVI, XVII, VIII, VII, Neuilly (6.4; 13.4; 36.9 y 58.6%, respectivamente) o de la inscripción al *Bottin mondain* (1.6; 1.7; 12.6; 37.1%), o aún de la posesión de una familia con tres niños o más (46.3; 48.4; 53.2; 57.6%), que mantienen indudablemente un vínculo con el capital económico (y también con el capital social, al menos potencial), al mismo tiempo que expresa también, evidentemente, disposiciones que están ligadas a otros factores, como la religión y, en particular, la adhesión manifiesta al catolicismo, distribuida ella misma según la misma estructura (7.8; 19.2; 21.8; 41.6%).<sup>19</sup> Estos pocos indicadores, muy pobres y muy indirectos, no puedan dar una idea exacta de las diferencias económicas entre los profesores de ciencias y de letras y los profesores de derecho y sobre todo de medicina quienes añaden a los ingresos vinculados a su puesto de profesor y de jefe de servicio hospitalario los obtenidos a través de una clientela privada.<sup>20</sup> No es menos cierto que, desde el punto de vista de los salarios en sí mismos, se observan sin duda fuertes distancias entre las facultades, por el hecho de que las diferencias en el desarrollo de las carreras ocasionan diferencias considerables en la suma de los ingresos obtenidos a lo largo de la vida activa: en este sentido, las facultades de letras parecen las más desfavorecidas, por lo mismo que el acceso a los puestos de asistente y de profesor auxiliar es particularmente tardío (31 y 37 años en promedio, contra 25 y 32 en ciencias y 28 y 34 en derecho en 1978), así como el acceso a los exámenes para poder ejercer como maestro de conferencias y al de profesor (43 y 50 años, contra 34 y 43 en derecho, 35 y 44 en ciencias).<sup>21</sup> En consecuencia, la duración media de un puesto de rango A (maestro de conferencias o profesor) es ahí particularmente breve, es decir, en 1978, 25 años contra 29 en medicina (donde se accede al puesto de maestro de conferencias a los 39 años y al profesorado a los 49), 33 en ciencias y 34 en derecho.<sup>22</sup>

Pero basta observar que todos los indicadores de poder político y económico, como la participación en organismos públicos (gabinetes ministeriales, Consejos constitucionales, Consejo económico y social, Consejo de Estado, Inspección de las finanzas) o en las comisiones del Plan Quinquenal, varían en el mismo sentido, mientras que la parte de los galardonados en el concurso general, buen indicador del éxito escolar en la educación secundaria,<sup>23</sup> y los diferentes indicadores de la inversión en la investigación científica y de la consagración científica varían en sentido inverso, para descubrir que el campo universitario está organizado de acuerdo

a dos principios de jerarquización antagónicos: la jerarquía social según el capital heredado y el capital económico y político actualmente detentado se opone a la jerarquía específica, propiamente cultural, según el capital de autoridad científica o de reconocimiento intelectual. Esta oposición se inscribe en las estructuras mismas del campo universitario, que es el lugar del enfrentamiento entre dos *principios de legitimación* opuestos: el primero, propiamente temporal y político, que manifiesta en la lógica del campo universitario la dependencia de ese campo con respecto a principios vigentes en el campo del poder, se impone cada vez más completamente, a medida que se sube en la jerarquía propiamente temporal que va de las facultades de ciencias a las facultades de derecho o de medicina; el otro, fundado sobre la autonomía del orden científico e intelectual, se impone cada vez más claramente cuando se va del derecho o de la medicina a las ciencias.

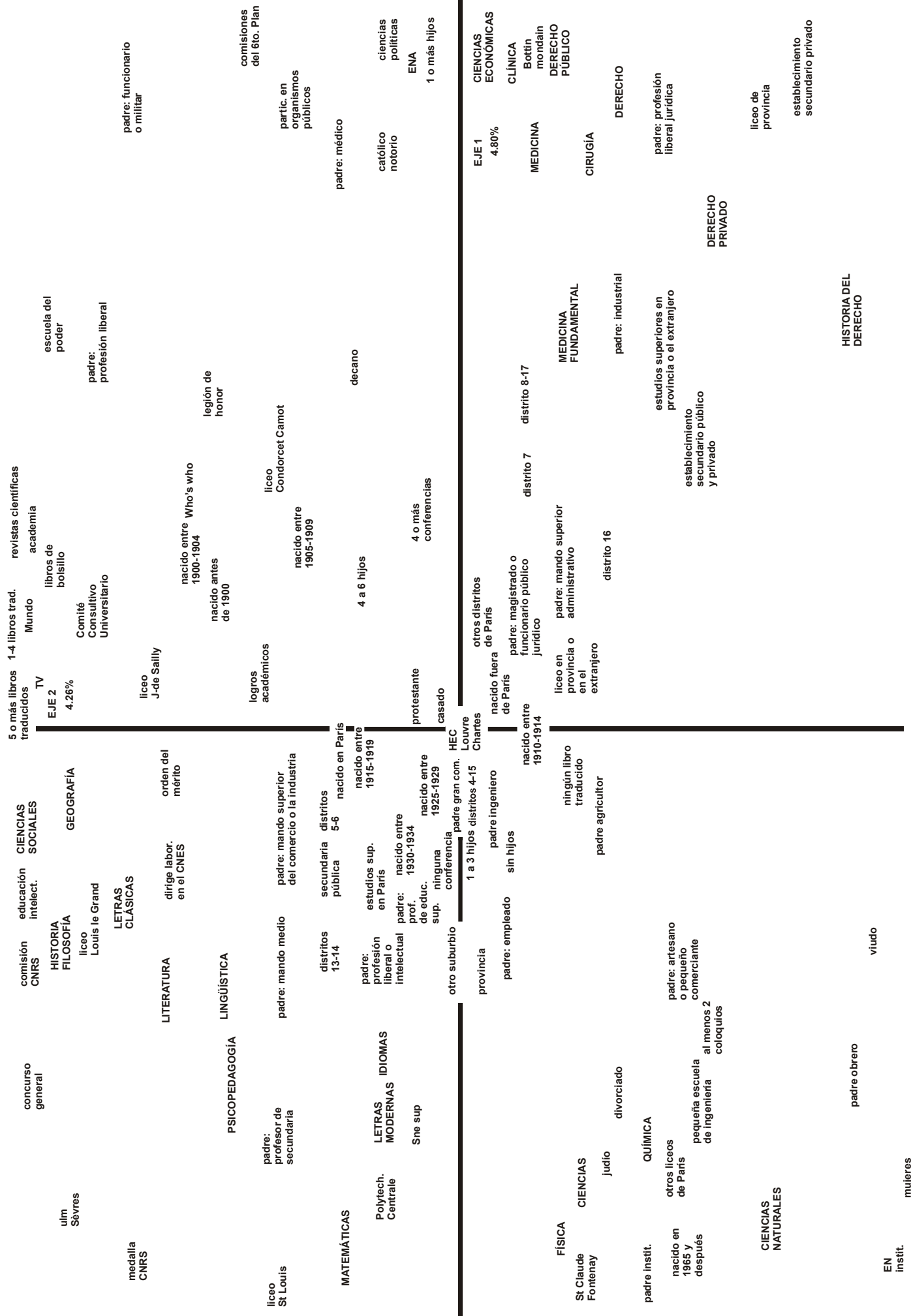
El hecho de que las oposiciones mismas que se observan, en el seno del campo del poder, entre el campo del poder económico y el campo del poder cultural se encuentran de esta manera en el seno de un campo orientado hacia la producción y la reproducción cultural, explica sin dudas que la oposición observada entre los dos polos de ese campo tenga algo tan total, y que concierna a todos los aspectos de la existencia, caracterizando dos estilos de vida profundamente diferenciados en sus fundamentos económicos y culturales, pero también en el orden ético, religioso, político. Aunque el objetivo mismo de la encuesta haya naturalmente llevado a privilegiar las propiedades más específicamente vinculadas a la Universidad y a la vida universitaria, se encuentran, entre las informaciones obtenidas, indicadores indirectos de las disposiciones más profundas, más generales, que están en el principio de todo el estilo de vida. Es así que puede verse en la soltería o el divorcio, por un lado, y en el tamaño de la familia, por el otro, que contribuyen lo suficientemente fuerte a producir la oposición principal del campo, indicador no solamente de la integración social, según la visión clásica, sino también de la *integración al orden social*; en pocas palabras, una medida de lo que pudiera llamarse el gusto por el orden.

Ciertamente, más que de descifrar una a una las diferentes relaciones estadísticas –como, por ejemplo, aquella que unía las tasas de divorciados, indicador de una débil integración familiar, al reducido número de hijos, supuesto indicador de una débil integración familiar y, sobre todo, de una débil integración al orden social–, habría que tratar de dominar todo lo que dejan a la intuición del sentido social el conjunto de indicadores asociados al polo temporalmente dominante del campo universitario –familia numerosa y Legión de Honor; voto a la

derecha y enseñanza del derecho; catolicismo y educación privada; barrio elegante y *Bottin mondain*; estudios en Sciences Po<sup>24</sup> o en la ENA y docencia en las escuelas del poder; origen burgués y participación en los organismos públicos o en las comisiones del Plan Quinquenal— o, lo que es más difícil porque se definen sobre todo negativamente, aquellos que están asociados al polo dominado —las opiniones de izquierda y el título de normalista; la identidad judía o el estatus de *oblato*<sup>25</sup> de la Escuela. Si estos conjuntos de rasgos otorgan un sentimiento de coherencia y de necesidad, es que la intuición del sentido práctico reconoce en ellos la coherencia sin intención de coherencia de las prácticas o de las propiedades producidas por el mismo principio generador y unificador. Es esta coherencia en el estado práctico lo que hay que tratar de restituir en palabras, al mismo tiempo que se advierte contra la tentación, alentada de esta manera, de convertir los productos objetivamente sistemáticos del *habitus*, aunque no verbalizados ni, menos aún, sistematizados, en sistema explícitamente totalizado, en ideología elaborada.

Lo que se descubre o se revela en el primer conjunto de indicadores es, sin duda, aquello que el lenguaje común de los dominantes designa con el nombre de lo serio, el gusto por el orden, que es en principio una manera de tomarse en serio y de tomar en serio al mundo tal como es, de identificarse, sin distancia, con el *orden de las cosas*, ser que es al mismo tiempo un deber ser. En cuanto al otro conjunto, lo que evoca —por sus carencias, sus lagunas, que también son negativas—, es el distanciamiento, que es la inversa de la integración, el rechazo de todo lo que hace volver a la normalidad, que integra en el mundo normal a los hombres respetables —ceremonias, rituales, *ideas recibidas*,<sup>26</sup> tradiciones, honores, legiones de honor (“los honores deshonran”, decía Flaubert), convenciones y conveniencias; en síntesis, todo lo que vincula profundamente al mantenimiento del orden social las prácticas más insignificantes del orden mundano, con todas las disciplinas que ellas imponen, las jerarquías a las que remiten, la visión de las divisiones sociales que ellas implican.<sup>27</sup> La relación que une esta oposición a la oposición entre la derecha y la izquierda se siente bien, en el sentido de las mitologías más que en el sentido de la política.

Habría también que evocar lo que opone la investigación científica –libre pensamiento que no conoce otro límite que el implícito en sí mismo– no solamente a una disciplina normativa como el derecho, sino también a este arte científicamente respaldado que es la medicina, encargada de poner a la ciencia en práctica, y también de imponer un orden, el orden de los médicos, es decir, una moral, un modo y un modelo de vida –como se vio a propósito del aborto–, en nombre de una autoridad que no solamente es la de la ciencia, sino la de “competencias”, “notables” predispuestos por su posición y sus disposiciones a definir lo que es bueno y lo que está bien (se sabe la intensidad particular de la participación de los profesores de medicina en los organismos públicos, en las comisiones y, más generalmente, en la política, y las funciones de asesoría junto a gobiernos y organismos internacionales que realizan los juristas, sobre todo los especialistas en derecho internacional, en derecho comercial o en derecho público).<sup>28</sup> Una adhesión a la ciencia que se circunscribe a los límites de la simple razón social, incluso de la religión, es acorde con la relación de desconfianza que la burguesía católica mantiene siempre con la ciencia, y que durante mucho tiempo la ha llevado a dirigir a sus hijos hacia la educación privada, garante del orden moral, de la familia, y sobre todo, de las grandes familias (en los dos sentidos), de su honor, de su moral y de su moralidad y, por ahí, de la reproducción de los *hijos de familia*, hijos de médicos o de magistrados nombrados médicos o magistrados, herederos legítimos, es decir, legitimados e inclinados a heredar la herencia como dignos sucesores, reconocidos y agradecidos. Estas dos relaciones, también totalmente opuestas a la ciencia y al poder respectivamente, remiten a posiciones pasadas y presentes totalmente opuestas en el campo del poder: las que existen entre los profesores de ciencias y de letras que, surgidos de las clases populares o medias, sólo le deben a sus logros escolares el acceso a las clases superiores; y también aquéllos que, surgidos de familias del cuerpo docente, se encuentran muy fuertemente inclinados a reinvertir completamente en la institución que tan bien ha retribuido sus inversiones anteriores, y están muy poco inclinados a buscar otro poder que no sea el universitario. Por el contrario, los profesores de derecho, surgidos de la burguesía en un 75%, acaparan, más a menudo que los profesores de ciencias o de letras, funciones de autoridad en la Universidad y posiciones de poder en el universo político o incluso en el mundo de los negocios. En síntesis, hay que ir más allá de las viejas oposiciones que dividieron todo el siglo XIX –Homais y Bournisien,<sup>29</sup> cientificismo y clericalismo–, para comprender lo que hace a la afinidad vital entre las disposiciones éticas y las disposiciones intelectuales asociadas a



Gráfica 1: El espacio de las Facultades. Análisis de correspondencias: planos de 1er. y 2do. ejes de inercia-características (las variables ilustrativas están en caracteres finos).

## El Conflicto de las Facultades

las posiciones ocupadas en este espacio, organizado bajo la doble relación del capital económico y del capital intelectual; y las relaciones correlativas a estos dos espacios de capital, en el cual los judíos y los católicos declarados ocupan los dos polos opuestos, situándose los protestantes en una posición intermedia: afinidad entre las disposiciones heréticas o críticas que manifiestan los ocupantes de las posiciones socialmente dominadas e intelectualmente dominantes y las rupturas críticas asociadas a la práctica científica, sobre todo en las ciencias sociales; afinidad entre las disposiciones del hombre ordenado (¿será por azar que estas posiciones de orden dan un lugar tan importante a los hijos de los funcionarios públicos?), de la ortodoxia, de adhesión a la derecha y de derecha en un mundo social, tan evidentemente modelado conforme a las expectativas que resulta evidente, y la negación inseparablemente burguesa y católica de la ciencia, de sus interrogantes y de sus cuestionamientos inquietantes, críticos, heréticos, que orienta tan a menudo a los científicos orgánicos –sobre todo los politécnicos– hacia las regiones del pensamiento donde la física y la metafísica, la biología y el espiritismo, la arqueología y la teosofía se entremezclan.

Homólogo al campo del poder, el campo universitario tiene su propia lógica y los conflictos entre las fracciones de clase cambian completamente de sentido cuando revisten la forma específica de un “conflicto de las facultades” –como dijera Kant. Si los dos polos del campo universitario se oponen fundamentalmente, según su grado de dependencia con respecto al campo del poder y de las obligaciones o incitaciones que propone o impone, las posiciones más heterónomas nunca están totalmente libres de exigencias específicas de un campo oficialmente orientado hacia la producción y la reproducción del saber, y las posiciones más autónomas nunca están completamente exentas de las necesidades externas de la reproducción social. Esta autonomía se afirma sobre todo en la existencia de una segunda oposición, revelada por el análisis de correspondencias y que descansa, en este caso, sobre los criterios puramente internos del éxito específico en el campo universitario, estableciendo, en el seno de cada uno de los sectores definidos por el primer factor, una oposición tajante, y fuertemente vinculada a las diferencias de origen social, entre los detentores de los diferentes tipos de capital específico y los otros. Así, a los que –más frecuentemente son de extracción baja o provincianos (es también en este sector que se encuentran las mujeres)–, están del lado del poder incierto, que es a menudo electivo, que confiere la participación en las comisiones del CNRS, y del poder puramente universitario sobre la reproducción del cuerpo que da la pertenencia al Comité consultivo de las



universidades, se oponen quienes detentan los diferentes tipos de capital específico, sea que se trate del prestigio científico (con la medalla de oro del CNRS) o de prestigio intelectual, cuasi monopolizado por los profesores de las facultades de letras y de ciencias humanas (con la publicación en traducción y en colección de bolsillo, la participación en el comité de redacción de revistas científicas o intelectuales, la publicación de artículos en *Le Monde*, la aparición frecuente en televisión). De hecho, estas diferencias en la realización universitaria (que están evidentemente vinculadas a la edad) están tan estrechamente asociadas a diferencias sociales que parecen ser la retraducción, en la lógica propiamente universitaria, de las diferencias iniciales de capital incorporado (*habitus*) u objetivado asociadas a orígenes sociales y geográficos diferentes; el desenlace de la transformación de las ventajas heredadas en ventajas “merecidas” que se opera de a poco, a lo largo de estudios universitarios particularmente exitosos (como lo atestigua la consagración a través del concurso general) y de una carrera universitaria consumada, y principalmente cada vez que hay que elegir entre las secciones, opciones, instituciones (con el paso por los establecimientos secundarios más prestigiosos, Louis-le-Grand y Henri IV) donde se encierra el espacio de los posibles.

Sabiendo que las diferentes facultades se distribuyen según una estructura quiasmática –homóloga de la estructura del campo del poder con, en un extremo, las facultades científicamente dominantes, aunque socialmente dominadas, y en el otro, las facultades científicamente dominadas, pero temporalmente dominantes– se comprende que la oposición principal concierne al lugar y la significación que las diferentes categorías de profesores confieren, prácticamente (y en principio en su relación presupuesto-tiempo), a la actividad científica y la idea misma que se hacen de la ciencia. Los términos comunes “investigación”, “docencia”, “dirección de laboratorio”, etc., enmascaran realidades profundamente diferentes, y son, sin duda, tanto más engañosos en la actualidad cuanto que la divulgación del modelo científico, bajo los efectos combinados de la moda y las coacciones homogeneizantes de la administración de la investigación, condujo al conjunto de miembros de la educación superior a rendir este homenaje obligado a la ciencia, tomando prestado de las ciencias naturales un lenguaje para designar realidades generalmente muy alejadas de la realidad científica (pienso, por ejemplo, en la noción de laboratorio).<sup>30</sup>

Es así que, sin siquiera hablar del derecho o de las disciplinas literarias más tradicionales, donde los términos nuevos esconden mal, las más de las veces, realidades antiguas, las facultades de medicina proponen generalmente, bajo el nombre de investigación, actividades muy alejadas de lo que entendemos por ese nombre en las facultades de ciencias. Por ejemplo, un profesor a quien se pedía que dijera cuál era el tiempo que consagraba, entre otras cosas, a la investigación, podía contestar: “Mucho menos, desgraciadamente, porque no tengo mucho tiempo. La investigación es, sobre todo, un trabajo de dirección, de orientar a la gente, de conseguir financiamiento, de encontrar a la gente adecuada, mucho más que un trabajo propiamente dicho. No soy yo quien realiza la investigación, ayudo a otros a hacerla, pero yo no la hago personalmente, o relativamente poco, desgraciadamente”. Y otro, profesor igualmente en la facultad de medicina: “La investigación, no la hago por mí mismo; dada mi edad, la dirijo, la vigilo, la subvenciono, trato de encontrar los fondos para subvencionarla, para la investigación; y en el caso de la docencia, también hago, de hecho estoy obligado a dar al menos tres cursos por semana, por lo que ejerzo la docencia bajo la forma de cursos, y también bajo la forma de reuniones de servicio que hacemos al menos una vez por semana, donde se estudian los casos particularmente difíciles, lo cual forma parte también de la investigación..., realizando a la vez investigación, docencia y cuidados a los enfermos”. Todo permite suponer que en casos como éste, que no tiene nada de particular, el “jefe de clínica patriarcal”, que sacrifica la investigación llamada personal por la búsqueda de medios de investigación para investigadores a los que no puede dirigir, en el sentido burocrático del término, aunque, sin embargo, imposibilitándose de dirigirlos en su trabajo científico, puede encontrar en la no diferenciación de roles la manera de confundir las apariencias, por sí mismo y por los otros, dando para un rol de investigador uno de director administrativo o de administrador científico.<sup>31</sup>

El trabajo de acumulación y de conservación del capital social necesario para tener una vasta clientela, asegurándole los beneficios sociales esperados de un “jefe de clínica”, participación en los comités, en las comisiones, en los jurados, etc., supone un gran consumo de tiempo y entra, por lo tanto, en competencia con el trabajo científico, el cual es la condición (necesaria) de la acumulación y de la conservación del capital propiamente científico (él mismo, siempre más o menos contaminado por los poderes estatutarios).<sup>32</sup> El éxito de esta empresa de acumulación supone también el sentido del puesto –el

valor de una clientela dependiente de la calidad social de los pacientes— y luego la habilidad, el tacto; en pocas palabras, el sentido social que está, sin duda, particularmente ligado a la pertenencia antigua al medio y a la adquisición precoz de informaciones y de disposiciones adecuadas: es así que los jefes ilustrados deben saber practicar la tolerancia y el liberalismo, en todo caso de acuerdo a la definición oficial de la institución, y sacrificar la homogeneidad política (o científica) de la clientela a su calidad social y a su extensión (lo que, como observa J. Nettelbeck, *op.cit.*, p.44, hacía por ejemplo que candidatos de izquierda pudieran acceder al profesorado, incluso en derecho).

Esta especie de contaminación de la autoridad propiamente científica por la autoridad estatutaria fundada sobre la arbitrariedad de la institución, está en el origen mismo del funcionamiento de las facultades de derecho y de medicina (y también, por supuesto, de las disciplinas literarias más cargadas socialmente). Esto puede verse, en principio, en el hecho de que el rendimiento del capital social, heredado o adquirido en las interacciones universitarias, crece a medida que se lo aleja del polo de la investigación y que, en consecuencia —como lo atestigua el hecho de que contribuye cada vez más a determinar las trayectorias, y así las condiciones tácitas de acceso a las posiciones dominantes—, entra por una parte cada vez más grande en la composición de ese conjunto a tasa variable de justificaciones técnicas y de justificaciones sociales que hace a la competencia estatutaria del profesor. Se sabe que la existencia de grandes dinastías de juristas y de médicos, que suponen mucho más que la simple herencia profesional ligada a los efectos de la transmisión del capital cultural, no es un mito. Pero, además, la elección del “jefe” influyente nunca es tan determinante como en las carreras médicas, donde el profesor es, de manera más evidente que en cualquier otra parte, un protector, encargado de asegurar la carrera de sus pacientes, antes de ser un maestro, encargado de asegurar la formación científica o intelectual de sus alumnos o sus discípulos.<sup>33</sup>

Lo que se pone al descubierto a través de la lógica social del reclutamiento del cuerpo médico, es también la cuota de entrada mejor escondida, y posiblemente la más categóricamente exigida: el nepotismo no es sólo una estrategia de reproducción, destinada a conservar para la descendencia la posesión de una posición poco frecuente; es una manera de conservar algo que es más esencial, que está en las bases de la existencia misma del grupo, es decir, la adhesión a la arbitrariedad cultural que está en la fundación misma del grupo, la *illusio* (ver P.

## El Conflicto de las Facultades

Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Ginebra, Droz, 1972 [tr.] primordial sin la cual no habría más juego ni apuesta. La consideración expresa y explícita de los orígenes familiares no es más que la forma declarada de las estrategias de cooptación, que se ubican sobre los indicadores de adhesión a los valores del grupo y al valor del grupo (como la “convicción” o el “entusiasmo” exigidos por los jurados de los concursos), sobre los imponderables de la práctica, incluso modales y compostura, para determinar quiénes son *dignos de entrar en el grupo*, de formar parte del grupo, de conformar al grupo. El grupo efectivamente no existe por mucho tiempo como tal, es decir, como algo trascendente para el conjunto de sus miembros, excepto porque cada uno de sus miembros está dispuesto de esta manera, porque él existe para y por el grupo o, más precisamente, conforme a los principios que están en los fundamentos de su existencia. Verdadera cuota de entrada al grupo, eso que se denomina “espíritu de cuerpo” (o en sus diferentes especificaciones, el “espíritu jurídico”, “filosófico”, “politécnico”, etc.), es decir, esta forma visceral de reconocimiento de todo lo que hace a la existencia del grupo, su identidad, su verdad, y que el grupo debe reproducir para reproducirse, no aparece como indefinible sino porque es irreductible a las definiciones técnicas de la competencia oficialmente exigida en la entrada al grupo. Y, si la herencia social juega un papel tan importante en la reproducción de todos los cuerpos que están implicados con la reproducción del orden social, es que, como se ve al momento de las crisis que introducen un cambio profundo en la composición social de los nuevos ingresantes, lo que exigen más absolutamente estos tipos de clubes altamente selectivos se aprende menos por las enseñanzas escolares que por las experiencias anteriores y exteriores, y se encuentra inscrito en el cuerpo, bajo la forma de disposiciones duraderas que son constitutivas de un *ethos*, de una *hexis* corporal, de un modo de expresión y de pensar y de todos esos “no sé qué” eminentemente corporales que se designan con la palabra “espíritu”.<sup>34</sup>

Como lo demostré en otra parte, apoyándome en el análisis de informes de agregación, las operaciones de cooptación siempre buscan seleccionar “hombres”, personas completas, *habitus*. Aquí les presento un testimonio concerniente a la agregación de derecho: “Ningún programa definido: nada de coeficientes, ni de notación obligatoria; se trata de juzgar hombres, no de sumar puntos. Le corresponde a cada jurado determinar sus criterios y sus metodologías. La experiencia demuestra la virtud de este ‘impresionismo’, más seguro que el engañoso rigor de las cifras” (J. Rivero, “La formation et le

recrutement des professeurs des facultés de droit françaises”, *Doctrina, Revista de derecho, jurisprudencia y administración*, Uruguay, t. 59, 1962, pp. 249-261. – Jean Rivero era profesor titular de derecho administrativo y director de las conferencias de agregación de derecho público en la facultad de derecho de París). Recurrir a una cooptación basada en la intuición global de la persona completa nunca se impone tan imperativamente como en el caso de los profesores de medicina. Basta pensar, por ejemplo, en lo que hace al “gran cirujano” o al “gran jefe” de servicio hospitalario que debe ejercer, más generalmente en urgencia, un *arte* que, similar al del jefe militar en guerra, implica el dominio perfecto de las condiciones de su ejercicio práctico, es decir, la combinación del dominio de sí y de la seguridad que es adecuada para atraer la confianza y la abnegación de los otros. Lo que la operación de cooptación debe revelar es que la educación debe transmitir o reforzar, en ese caso, no solamente un saber, un conjunto de conocimientos científicos, sino un saber hacer o, más exactamente, un arte de poner en práctica el saber, y de hacerlo a propósito, en la práctica, que es indisociable de una manera global de actuar, de vivir, de un *habitus*. Es eso lo que evocan los defensores de una medicina y de una enseñanza de la medicina puramente clínicas: “Era una enseñanza un poco escolástica (...); se aprendía todo a través de pequeños problemitas... En un gran asunto como la fiebre tifoidea, uno se preocupaba relativamente poco del problema exclusivamente biológico. Por supuesto, se sabía que era debido al bacilo de Eberth, pero, una vez que se sabía eso, era suficiente en líneas generales. La medicina que estudiábamos era una medicina de síntomas que nos permitían hacer un diagnóstico; no era la medicina fisiopatológica querida por los americanos, que es algo excelente, que hay que hacer (...). Pero es una pena abandonar por esta medicina fisiopatológica la medicina clínica en la que éramos muy buenos, nos permitía hacer diagnósticos y en consecuencia, era una medicina esencialmente práctica”. La consulta externa de los hospitales era el lugar privilegiado para este aprendizaje “en el lugar de trabajo mismo”, por la familiarización o el ejemplo. Es ahí donde se formaba esta gran clase de “buenos médicos promedio” que “habían estado en contacto con los enfermos, con los jefes de clínica valiosos”, y que, sin serlo, a la manera de la élite de los internos, “de los médicos de primer plano, extremadamente instruidos”, “sabían su oficio”. Al momento del servicio de guardia, los externos podían tener la experiencia “de los síndromes que imponen una decisión urgente” y “ver con los internos la puesta en práctica de los elementos del diagnóstico, los exámenes radiológicos, los titubeos, etc., la confrontación con el cirujano requerido en consulta (...) y este contacto con ellos constituía

verdaderamente trabajo en el terreno...” (Médico clínico, 1972). La demostración de destrezas desplegada por el maestro no tenía gran cosa en común con la exposición didáctica del profesor, no requería las mismas competencias y menos aún la misma concepción del saber. Este aprendizaje completamente tradicional, casi artesanal, que se hacía golpe a golpe, exigía menos conocimientos teóricos que una inversión total de la persona en una relación de sumisión al jefe de la clínica o al interno, y a través de ellos, a la institución y al “arte médico” (“Después, se participaba en la intervención, se ayudaba a los internos como primer o segundo asistente, y estábamos muy contentos”).

La comparación saca a relucir diferencias que asignan límites a la comparación. Y, de hecho, entre los clínicos y los matemáticos, o incluso entre los juristas y los sociólogos, existe la distancia total entre dos modos de producción y de reproducción del saber y, más ampliamente, entre dos sistemas de valores y dos estilos de vida o, si se quiere, entre dos maneras de concebir a un hombre incomparable. Miembro responsable y respetable de la élite, comprometido en un rol inseparablemente técnico y social que implica todo un conjunto de responsabilidades administrativas y políticas, el profesor de medicina a menudo le debe su éxito, al menos tanto como a su capital cultural, a su capital social, a los lazos de nacimiento o de matrimonio; y también a disposiciones tales como lo serio, el respeto de los maestros y la respetabilidad en la conducta de la vida privada (certificada sobre todo por el estatus social del cónyuge y una abundante descendencia), la docilidad con respecto a las disciplinas hiperacadémicas necesarias para la preparación de los concursos para residencias (“Aprender de memoria y ser inteligente después”, decía un informante) o incluso la habilidad retórica que valen sobre todo en tanto que garantías de la adhesión a valores y virtudes sociales.<sup>35</sup>

La importancia diferencial de la herencia profesional según las facultades y las disciplinas se explica (más allá de los efectos directos del nepotismo) si se lo ve como una forma de *antigüedad en la profesión*, justo para hacer que –todo, y sobre todo la edad, sean además iguales– los agentes surgidos nacidos del medio posean una ventaja considerable en la competencia, porque poseen en un más alto grado ciertas propiedades explícita o tácitamente exigidas a los recién llegados: en principio, el capital simbólico ligado a un nombre propio y capaz de asegurar, a la manera de una marca famosa en el caso de las empresas, una relación duradera con una clientela adquirida de antemano; luego, el capital cultural específico –

cuya posesión constituye sin duda un triunfo tanto más poderoso que el capital vigente en el campo considerado, facultad o disciplina–, es menos *objetivado*, *formalizado*, y que se reduce más completamente a las disposiciones y a la experiencia constitutivas de un *arte* que no puede adquirirse sino en el largo plazo, y en primera persona.<sup>36</sup> El hecho de que el origen social de los profesores y la edad de ingreso al profesorado tienden a descender cuando se va de las facultades de medicina y derecho a las facultades de letras y sobre todo a las de ciencias (o que los profesores de economía y los fundamentalistas sean más jóvenes y, menos frecuentemente, nacidos del cuerpo que los juristas y los clínicos) se explica sin duda, *en parte*, por el hecho de que el grado al cual los procedimientos y los procesos de producción y de adquisición del saber son objetivados en instrumentos, métodos, técnicas –en lugar de existir sólo en un estado personalmente internalizado–, varía en el mismo sentido: los nuevos profesores, y sobre todo los que, entre ellos, están desprovistos de capital heredado, tienen oportunidades tanto más grandes y más precoces en la competencia con los “viejos” cuanto que las capacidades y las disposiciones requeridas le dan un énfasis menor, tanto en la producción como en la reproducción del saber (en particular en la adquisición de capacidades productivas), en la experiencia bajo todas sus formas y en el conocimiento intuitivo, fundado sobre un largo proceso de familiarización, y que están más formalizadas; por lo tanto, son más adecuadas como objeto de una transmisión y una adquisición racional –es decir universal.<sup>37</sup>

Pero la oposición entre las dos *facultades*, entre las competencias científicas y la competencia social, se encuentra de esta manera en el centro de cada una de las facultades temporalmente dominantes (e incluso en el seno de la facultad de letras y de ciencias humanas que, desde este punto de vista, ocupa una posición intermedia). Es así que la facultad de medicina reorganiza, de alguna manera, en sí misma la totalidad del espacio de las facultades (y también del campo del poder):<sup>38</sup> aunque no sea posible resumir en algunas frases todos los aspectos, la oposición compleja y multidimensional entre los clínicos y los biólogos de las facultades de medicina (lo suficientemente diferentes en su pasado social y escolar de los biólogos de las facultades de ciencias) puede describirse como la del *arte* orientado por una “experiencia” alimentada por el ejemplo de los viejos, que se adquiere a la larga, en la atención a casos particulares, y de la *ciencia*, que no se contenta con signos exteriores que sirven para hacer un diagnóstico, pero exigen aprehender causas generales.<sup>39</sup> Éste es el principio de dos concepciones completamente diferentes de la práctica médica; la primera, confiere la prioridad a

la relación entre el enfermo y el médico, al famoso “coloquio singular”, base de toda defensa de la medicina “liberal”; la segunda, privilegia el análisis de laboratorio y la investigación básica; esta oposición se complica a raíz del hecho de que el arte y la ciencia cambian de sentido y de valor según se les haga jugar un papel rector o subordinado. Los clínicos se contentarían con una investigación ordenada de acuerdo a sus exigencias, y los imperativos de la rentabilidad económica se invocaron para encerrar o mantener a los fundamentalistas en una función puramente técnica de investigación aplicada, consistente esencialmente en poner en práctica, a demanda de los clínicos, métodos de análisis comprobados, más que investigar metodologías novedosas y plantear problemas *a largo plazo*, generalmente indiferentes e inaccesibles para los clínicos. En cuanto a los fundamentalistas, hasta ahí socialmente dominados, los que, entre ellos, están mejor ubicados para reivindicar la autoridad de la ciencia (es decir, más los especialistas en biología molecular, en ascenso, que los anatomistas, en declive), tienden cada vez más a afirmar, en nombre de los progresos de la terapéutica aportados por la ciencia, los derechos de una investigación básica totalmente liberada de las funciones de puro servicio técnico y, seguros del prestigio de su disciplina científica, se convierten en los defensores de una medicina moderna, eximidos de las rutinas que encubre la visión “clínica” y la ideología del “coloquio singular”. En esta lucha, los fundamentalistas parecen tener para ellos el futuro, es decir, la ciencia, y, de hecho, los más prestigiosos de entre ellos, a quienes los más ligados a la antigua imagen de la medicina ubican por debajo de los clínicos comunes, vienen a cuestionar la representación, hasta ese momento perfectamente unificada y simplemente jerarquizada, del cuerpo docente.

Los fundamentalistas presentan prioridades sociales y académicas que los sitúan entre los profesores de ciencias y los clínicos. Así, aunque sean muy parecidos a las otras categorías de profesores de medicina, si se los ve con los ojos de la generación de sus padres (aparte de una representación ligeramente superior de los hijos de pequeña burguesía), parecen más cercanos a los científicos de la generación de sus abuelos: las oportunidades de pertenecer a una familia cuya antigüedad en la burguesía, medida en la profesión del abuelo paterno, es de al menos dos generaciones, son de 22% solamente para los fundamentalistas, contra 42.5% para los clínicos, 54.5% para los cirujanos (y 39% para el conjunto de los profesores de medicina) y de 20% para los profesores de ciencias. Indudablemente nacidos en familias menos



antiguas y menos acomodadas, los fundamentalistas que, a diferencia de los clínicos y cirujanos, no cuentan con dos fuentes de ingreso, el salario y la clientela, viven mucho menos frecuentemente en los barrios elegantes, están inscritos mucho menos seguido en el *Who's who* y menos aún en el *Bottin mondain* –y es destacable que, como los científicos, presentan un porcentaje relativamente importante de judíos. Estas diferencias sociales son suficientes, en un universo socialmente muy homogéneo y muy cuidadoso de su homogeneidad, para crear dos grupos socialmente distintos y antagonistas, como lo atestigua, entre otros indicadores, el hecho de que la mayoría de los informantes, y sin duda del conjunto de los profesores, parece subestimar estas diferencias: “Aquél que está un poco loco hace investigación: son los jóvenes provenientes de los medios pobres los que se inclinan hacia la investigación, en lugar de preocuparse por hacer lo que se llama una bella carrera” (entrevista, fundamentalista, 1972). Todo parece indicar, en todo caso, que estas diferencias se traducen en oposiciones políticas, situándose los fundamentalistas más bien a la izquierda, mientras que los clínicos y sobre todo los cirujanos, cuyo prestigio específicamente científico es débil –aunque fluctúa en función de la opinión del gran público, con el éxito de los trasplantes, por ejemplo– y que son la punta de lanza de todos los movimientos conservadores, se acomodan más bien a la derecha (estas dos categorías parecen haberse adherido masivamente al Sindicato autónomo que se creó en mayo de 1968, sobre el modelo de las facultades de letras y de ciencias, y el cual detenta todos los cargos de poder administrativo).

Sin duda, esta oposición, que puede recibir contenidos diferentes según los campos, constituye una invariable de los campos de producción cultural, en los que el campo religioso proporciona el paradigma, con la oposición de la ortodoxia y de la herejía. Igualmente, veremos oponerse, en el seno de las facultades de letras y de ciencias humanas, la ortodoxia de los profesores canónicos, pasados por el camino real de los concursos, y la herejía moderada de los investigadores y de los profesores marginales u originales, generalmente habiendo llegado a la consagración por un atajo; igual se distingue, en el seno de las facultades de medicina, a los defensores de un orden médico inseparable de un orden social, y fundado en los concursos y sus ritos de consagración destinados a asegurar la reproducción del cuerpo médico, y a los innovadores heréticos que, como inspiradores de la reforma de los estudios médicos, llegaron por el camino indirecto; es decir, muy frecuentemente, desde el extranjero (los Estados Unidos particularmente) y que, a

## El Conflicto de las Facultades

falta de poseer los títulos sociales que abren el acceso a las posiciones socialmente dominantes, encontraron en instituciones marginales, más o menos prestigiosas –Museo, Facultad de ciencias, Instituto Pasteur, Colegio de Francia–, la posibilidad de continuar una carrera de investigadores más exitosa científica que socialmente.<sup>40</sup> Esta especie de antinomia entre la ciencia y la respetabilidad social, entre la carrera marginal y arriesgada del investigador y el *cursus* más asegurado, aunque también más limitado, del profesor, remiten a las diferencias inscritas en la objetividad de las posiciones institucionales, a su dependencia o su independencia respecto de los poderes temporales, y también a las diferencias en las posiciones de los agentes, más o menos inclinados o condenados a la conformidad o a la ruptura, inseparablemente científica y social, a la sumisión o la trasgresión, a la gestión de la ciencia establecida o a la renovación crítica de la ortodoxia científica.

### Competencia científica o competencia social

Se habrá reconocido, en las diferentes formas de oposición entre las facultades (o las disciplinas) temporalmente dominantes y las facultades (o las disciplinas) más dirigidas hacia la investigación científica, la diferenciación que hacía Kant entre dos tipos de facultades: por un lado, las tres “facultades superiores” (temporalmente); es decir, la facultad de teología, la facultad de derecho y la facultad de medicina que, siendo capaces de procurar al gobierno “la influencia más fuerte y más duradera sobre la gente”, son las más directamente controladas por él, las menos autónomas con respecto a él, al mismo tiempo que las más directamente encargadas de formar y de controlar los usos prácticos y los usuarios comunes del saber, sacerdotes, jueces, médicos; por el otro, la “facultad inferior”, que no teniendo ninguna eficacia temporal, es abandonada “a la razón propia del pueblo erudito”, es decir a sus propias leyes; se tratara de la ciencia histórica o empírica (historia, geografía, gramática, etc.) o de la ciencia racional pura (matemáticas pura o filosofía pura). Del lado de aquél que, siempre según Kant, constituye “de alguna manera la derecha del parlamento de la ciencia”, la autoridad; del lado de la izquierda, la libertad de examinar y objetar:<sup>41</sup> las facultades dominantes en el orden político tienen por función formar agentes de puesta en práctica, capaces de aplicar, sin discutirlos ni ponerlos en duda, dentro de los límites de las leyes de un orden social determinado, las técnicas y las fórmulas de una ciencia

que no pretende ni producir ni transformar; por el contrario, las facultades dominantes en el orden cultural están dedicadas a arrogarse, para las necesidades de la construcción de fundamentos racionales de las ciencias que las otras facultades se contentan con inculcar y aplicar, una libertad que está prohibida a las actividades de ejecución, tan respetables en el orden temporal de la práctica.

La competencia del médico o del jurista es una competencia técnica jurídicamente garantizada, que da autoridad y autorización para servirse de saberes más o menos científicos; la subordinación de los fundamentalistas a los clínicos expresa esta subordinación de la ciencia a un poder social, que le asigna sus funciones y sus límites. Y la operación que realizan las facultades superiores, en el sentido de Kant, destaca, por una parte, la magia social que, como en los ritos iniciáticos, tiende a consagrar inseparablemente las competencias sociales y las competencias técnicas. La genealogía de la idea de clínica que estableció Michel Foucault saca a relucir esta doble dimensión, técnica y social, de la competencia médica; describe la institución progresiva de la necesidad social que funda la importancia social de los profesores de medicina y distingue su arte de todas las competencias técnicas, sin darles ninguna autoridad social particular (como la del ingeniero). La medicina es una ciencia práctica en la cual la verdad y el éxito le interesan a la nación entera, y la clínica “aparece como una estructura esencial a la coherencia científica, pero también a la utilidad social” del orden médico, “punto de contacto por el cual el arte de curar penetra en el orden civil” (como dijera un reformador del pasado).<sup>42</sup> Se puede demostrar, dentro de la misma lógica, que el ejercicio mismo del acto clínico implica una forma de violencia simbólica; sistema de esquemas de percepción más o menos formalizados y codificados que está más o menos incorporado por los agentes médicos, la competencia clínica no puede funcionar prácticamente, es decir, aplicarse adecuadamente al caso en particular —en una operación análoga a lo que es el acto de jurisprudencia del juez— sino apoyándose en los indicadores que le proporcionan los pacientes, indicadores corporales (como las inflamaciones o las manchas rojas en la piel) e indicadores verbales (como la información acerca de la frecuencia, la duración y la localización de indicadores corporales visibles o sobre la frecuencia y la duración de los dolores, etc.) que, en su mayoría, deben ser *originados por la investigación clínica*. Pero este trabajo de producción de los síntomas que conduce al diagnóstico (acertado o falso) se realiza, como bien lo demuestran los análisis de Aaron Cicourel, en una relación social asimétrica, donde el experto es capaz de imponer sus propios presupuestos cognitivos sobre los indicadores facilitados por el paciente, sin tener

que plantear la cuestión de la falta de concordancia, generadora de malos entendidos y de errores de diagnóstico, entre los presupuestos tácitos del paciente y sus propios presupuestos explícitos o implícitos concernientes a los signos clínicos, y al mismo tiempo, sin plantear al problema como tal, fundamental, de la *traducción del discurso clínico espontáneo* del paciente al discurso clínico codificado de la medicina (con, por ejemplo, el proceso a partir del cual la mancha roja de la piel señalada con el dedo se convierte en inflamación). Otra cuestión eminentemente inhibida, la de los efectos cognitivos del tiempo de adquisición de la información, la limitación del repertorio cognitivo del experto (las preguntas no planteadas) o la de la aptitud para movilizarlo, que pueden derivar de la falta de experiencia pero también, y sobre todo, de la precipitación o la prevención (con las *leading questions*) impuestas por la urgencia.

De manera general, el progreso, en el seno de cada facultad, de las disciplinas científicas corresponde a la sustitución de una necesidad científica socialmente arbitraria por una necesidad social científicamente arbitraria (una arbitrariedad cultural).<sup>43</sup> Aunque la ciencia tienda a tratarse un reconocimiento social y, por ahí, una eficacia social que van creciendo a medida que los valores científicos son más ampliamente reconocidos (particularmente bajo los efectos de los cambios tecnológicos y de la acción del sistema educativo), no puede recibir su fortaleza social de otro sitio que no sea el exterior, bajo la forma de una autoridad delegada que puede encontrar en la necesidad científica, que funda socialmente, una legitimación de su arbitrariedad social. Aunque esta autoridad estatutaria puede mantener la misma relación de legitimación circular con un arte, como la clínica, o una tradición erudita, como la teología, el derecho o, incluso, la historia de la literatura o de la filosofía, cuya necesidad fundamental social descansa, en último análisis, sobre una “opinión pública común de los doctores”, ella misma enraizada no en la sola necesidad racional de la coherencia y de la compatibilidad con los hechos, sino en la necesidad social de un sistema de disposiciones objetivamente orquestadas y de la arbitrariedad cultural más o menos objetivada y codificada en el cual se expresa. Se sabe que las construcciones ideológicas que individuos o grupos artísticos o políticos pueden producir para dar a sus “elecciones”, en los dominios más diversos, políticos, estéticos, éticos, las apariencias de la coherencia, se presentan de hecho como combinaciones de elementos lógicamente inconexos, que no constituyen un conjunto sino por la fuerza integradora de las oposiciones o de las posiciones comunes; aunque disciplinas que, como la historia de la filosofía, del arte o de la literatura, traten

como autónomas construcciones que no tienen en sí mismas ni toda su razón ni toda su razón de ser, o que, como la filosofía del derecho, la estética o la ética, tienden a dar por fundado en la unidad de la razón lo que descansa, de hecho, sobre la unidad de la creencia o, en una palabra, en la *ortodoxia* de un grupo, duplican simplemente el efecto propio de esas construcciones, que reside precisamente en la ilusión de la génesis puramente racional y franca de toda determinación.<sup>44</sup>

Y si el lugar que se da a todo lo que puede asegurar la cohesión social del grupo de los doctores y particularmente todas las formas de cooptación (cuyo límite es el nepotismo) destinadas a asegurar la homeogeneidad duradera de los *habitus*, tiende a crecer cuando se va de los físicos o los matemáticos a los clínicos o a los juristas, es sin duda, por un lado, que la necesidad de fundar en la unidad social del grupo la unidad intelectual de la *communis doctorum opinio* se impone tanto más fuertemente cuanto que la coherencia propiamente científica es más incierta, y que la *responsabilidad social* del cuerpo es más grande;<sup>45</sup> como se ve particularmente bien en el caso de los juristas, un cuerpo de “responsables” no puede, sin comprometer su capital de autoridad, presentarse en orden disperso, a la manera de los intelectuales y, del mismo modo que debe hacer desaparecer de la “razón escrita” las contradicciones que son las huellas visibles de los conflictos de los cuales nace y los interrogantes que conducirían al descubrimiento de sus verdaderas funciones, debe quitarse de encima de manera preventiva a todos los que pudieran amenazar el orden del cuerpo de los guardianes del orden.

Habría que examinar aquí los contratos tácitos de delegación que cimientan la autoridad de las diferentes facultades, asignando a su libertad límites tanto más estrictos cuanto que la responsabilidad social que se le acordó es más importante; y analizar las representaciones que los usuarios privilegiados de instituciones de educación superior —es decir, los miembros de la clase dominante— se convierten en funciones de esas instituciones. Como lo muestra claramente el análisis de las respuestas a la consulta nacional sobre la educación de 1969, la propensión a privilegiar las funciones sociales de la Universidad con respecto a las funciones propiamente científicas, a otorgarle, por ejemplo, la primacía a la “formación de los cuadros nacionales” sobre el avance del conocimiento científico, crece cuando se va de los miembros de las fracciones dominadas a los miembros de las fracciones dominantes; y pasa lo mismo cuando se va de los profesores de las facultades de ciencias a los profesores de las facultades de derecho y de medicina. De manera que la En

*coincidencia* de funciones que los profesores confieren a su acción pedagógica y de aquellas que los destinatarios privilegiados de esta acción le asignan, tiende a crecer en el mismo sentido (e inmediatamente la improbabilidad de una especie de secesión, al término de la cual los profesores utilizarían su autonomía relativa para satisfacer sus propios intereses). La sospecha de que las fracciones dominantes siempre experimentan, y a veces se manifiestan, sobre todo en el período posterior a 1968, con respecto a las facultades, lugar de “corrupción de la juventud”, se dirige ante todo a las facultades de letras y ciencias humanas, y, en segundo lugar, a las facultades de ciencias, mucho menos “seguras”, a causa de los efectos de “contaminación”, como dijera un empresario en una entrevista, que las grandes escuelas. Como si se estuviera listo para romper el contrato de delegación tan pronto como la posibilidad aparece, que la realización de funciones técnicas de formación técnica amenaza o compromete la realización de las funciones sociales.

Se comprende mejor, a la luz de estos análisis, la verdadera significación de las diferencias políticas entre las facultades que se pueden establecer sobre la base de informaciones públicas o indirectamente obtenidas junto a una fracción (muy variable dependiendo de las facultades) de profesores. Lo más frecuente extraños a la política, y en todo caso poco propensos a asumir públicamente posiciones en estas materias, los profesores de ciencias (que en general no están sindicalizados) parecen inclinarse ligeramente hacia la izquierda. Contrariamente a la representación habitual, los profesores de las facultades de letras y ciencias humanas se ubican, sin duda de manera global, menos a la izquierda que los profesores de ciencias. Es decir, más frecuentemente al centro derecha o a la derecha que a la izquierda; y eso aunque al nivel de las tomas de posición públicas (como las peticiones o las listas de apoyo), la minoría de izquierda sea mucho más fuertemente representada, entonces pues mucho más visible (*a fortiori* si se lo reintroduce al conjunto del cuerpo docente, asistentes y maestros asistentes incluidos); lo que se comprende si se sabe que la incitación inicial a declararse públicamente sobre los problemas políticos es tanto más fuerte, en este estado de la historia del campo intelectual, que uno se ubica más cerca del polo “intelectual” del campo universitario, luego, pues, más a la izquierda. Bastante frecuentemente inclinados a la indiferencia política de aquellos para quienes el orden social es evidente, y poco llevados a la incongruencia de las manifestaciones públicas, los profesores de medicina, fundamentalistas exceptuados, se sitúan casi todos en el centro o en la derecha.

cuanto a los profesores de derecho, más fuertemente investidos en la política que los profesores de medicina, pero sin duda menos masivamente concentrados a la derecha, son más propensos a tomar posición públicamente sobre los problemas políticos, sobre todo cuando pertenecen a la minoría de izquierda.<sup>46</sup> Este análisis supone e introduce una reflexión sobre lo que la opinión política de un agente significa, y sobre las condiciones de su embargo y de su medida; es decir, sobre la relación entre la opinión política que podemos llamar privada (la que se afirma entre amigos o en la soledad de una casilla electoral) y la opinión política pública. Es sabido –y lo pudimos constatar interrogando a informantes (sus estudiantes u otros profesores) sobre las opiniones políticas de tal o cual conjunto de profesores– que las opiniones sobre las opiniones políticas de otros varían, dentro de ciertos límites, en función de las opiniones políticas de los “jueces” (digamos sistemas de criterios explícitos o implícitos que se emplean para distribuir a los agentes entre la derecha y la izquierda, y sobre los cuales no hay acuerdo entre la derecha y la izquierda), pero también según una definición, generalmente implícita, de la opinión política “verdadera”, “auténtica”, es decir, en realidad condiciones en las cuales esta opinión se manifiesta “verdaderamente”.<sup>47</sup> En efecto, si se admite que la opinión pública es la opinión manifestada en una expresión visible (según la fórmula platónica: “opinar, es hablar”), se ve que, como tal, la opinión política se definirá en la relación entre las disposiciones éticas o las inclinaciones propiamente políticas y el mercado sobre el cual debe ofrecerse la opinión expresada. Se ignoran casi siempre las variaciones resultantes del efecto de mercado (cuyo efecto de encuesta, variable según las características sociales del encuestado, es un aspecto) y, particularmente, para un grupo determinado, la diferencia entre las tendencias que se desprenden de las opiniones privadas –enunciadas como confidencias entre amigos o, en la relación de encuesta, bajo la cubierta del anonimato y al precio de diferentes formas de eufemización (poniendo a la “derecha” como “centro”, por ejemplo)– y las que destacan opiniones públicamente confesas, manifiestos y manifestaciones, y que son capaces de imponerse como lo normal o la norma del grupo, como la opinión modal y a la moda, con la cual uno se siente obligado a conformarse, incluso en el silencio y el secreto. La atención a esta diferencia es indispensable para evitar imputar a cambios repentinos o a conversiones bruscas de tomas de posición que –como las tomas de partido en tiempos de crisis, vinculadas a un refuerzo generalizado de la tendencia a la publicación de las opiniones–, son en parte imputables a efectos de mercado.<sup>48</sup>

El análisis de una muestra aleatoria de los miembros del Sindicato nacional de educación superior en 1969 estableció que, para los profesores de ciencias, letras, medicina y derecho, respectivamente, las tasas de inscripción son de 15, 30, 6 (casi todos reclutados entre los fundamentalistas) y 1%; las tasas de participación en el Sindicato autónomo, más a la derecha, varían sin duda en sentido inverso. (En mayo de 1983, los docentes afiliados al SNESup se distribuían de esta manera según las diferentes facultades; Derecho, 1.2%; Medicina, 3% y Farmacia, 1.2%; Letras, 26.1%, de los cuales, 1.9 en sociología, 1.1 en ciencias de la educación, 1.3 en psicología, 1.9 en filosofía, 4.8 en literatura, 2.7 en historia, 2.5 en geografía, 1.6 en lingüística, 7.8 en idiomas; Ciencias, 56.3%, de los cuales 16 en matemáticas, 16.4 en física, 1.6 en geología, 7.1 en química, 15.2 en biología y 1 en ingeniería mecánica e ingeniería civil). Nuestro análisis de los resultados de la consulta nacional de la AEERS de 1969 permite incluso avanzar, a pesar de los límites inherentes a toda muestra aleatoria, que las tomas de posición de los profesores de las diferentes facultades sobre el sistema de enseñanza, se trate, por ejemplo, de la introducción de las libertades sindicales o políticas en la Universidad, o del sistema de contratación de profesores, son en sí mismas también estrictamente homólogas a las posiciones de su facultad en el sistema de instituciones de educación superior (dando por hecho que las opiniones acerca del sistema universitario y sus transformaciones nunca son determinadas directamente por el origen social, y se definen en la relación entre una disposición y una posición: es así que los “milagrosamente curados”, que le deben todo al sistema, están, siendo todo igual por otra parte, entre los defensores más intransigentes del sistema y de sus jerarquías).

La oposición que estableció Kant entre las dos categorías de facultades –las primeras, sometidas al orden temporal al cual sirven, las segundas, liberadas de todas las disciplinas y los límites mundanos– encuentra su realización, y su límite, en la relación entre las disciplinas jurídicas y las ciencias sociales que, introduciendo la libertad, incluso la irresponsabilidad característica de las facultades temporalmente inferiores sobre el terreno reservado a las facultades superiores, vinieron a disputarles el monopolio del pensamiento y del discurso legítimo sobre el mundo social: por un lado, una ciencia de orden y de poder, buscando la racionalización, en el doble sentido, del orden establecido; por el otro, una ciencia del orden y del poder, buscando ya no poner en orden las cosas públicas, sino



pensarlas como tales, pensar lo que es el orden social y el Estado, al reducir el orden y el Estado establecidos, por la comparación histórica o la variación imaginaria, a un simple caso particular en el universo de las posibilidades realizadas o realizables.<sup>49</sup> Operación menos anodina de lo que parece, ya que supone una puesta en suspenso de la adhesión habitual al estado de las cosas, que, para los guardianes del orden, es de por sí una ruptura crítica, y hasta un testimonio de irresponsabilidad.

Traducción de Mónica Portnoy Binder.<sup>50</sup>

### Notas

\* Bourdieu, Pierre. (1984). "El Conflicto de las Facultades", en *Homo academicus*, cap. 2. París: Minuit.

<sup>1</sup> Sobre la estructura del campo del poder como espacio de las posiciones de poder ocupadas, sobre la base de especies diferentes de capital, por las diferentes fracciones de la clase dominante con, en un polo, las fracciones económicamente dominadas y culturalmente dominantes (artistas, intelectuales, profesores de letras y de ciencias) y, en el otro, las fracciones económicamente dominantes y culturalmente dominadas (dirigentes o cuadros de los sectores público y privado), ver P. Bourdieu. (1979). *La distinction, critique sociale du jugement*. París: Minuit, pp. 362-363 (versión en español: *La distinción, criterios y bases sociales del gusto*, traducción de María del Carmen Ruiz de Elvira, Madrid: Taurus, 1988); y para un análisis más preciso del sector dominante (temporalmente) del campo del poder, ver también P. Bourdieu y M. de Saint-Martin, "Le patronat", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 20-21, marzo-abril 1978, pp. 3-82.

<sup>2</sup> Todo permite suponer que el corte entre los universitarios y los escritores o los intelectuales libres está, sin duda, menos marcado que en el período entre las dos grandes guerras o a finales del siglo XIX, por el hecho de que éste se remite, en parte, al campo universitario, luego de la apertura de la universidad a los profesores-escritores o a los profesores-periodistas a favor del crecimiento del cuerpo profesoral, vinculado a la expansión de la población estudiantil y a los cambios correlativos en los procedimientos de reclutamiento. Una historia estructural y una sociología comparada de las

campo universitario debieran dedicarse particularmente a esas variaciones dependiendo de los momentos y las sociedades, de la distancia social entre los dos campos (que puede medirse con diferentes índices, como el número de pasajes de un campo al otro, la frecuencia de ocupación simultánea de posiciones en un campo y otro, la diferenciación social – desde el punto de vista del origen social, escolar, etc.– entre las dos poblaciones, la frecuencia de encuentros institucionalizados o no, etc.), y los efectos sociales que pueden estar ligados, en los dos campos, a estas variaciones.

<sup>3</sup> Nadie es más conciente que yo de la insuficiencia de las bases estadísticas para esta comparación. Sin embargo, me parece que, en éste como en otros casos, la necesidad de tomar en cuenta todo lo que el universo analizado puede deber a su posición en un espacio contenedor se impone de manera imperativa, y que más vale señalar, al menos de manera burda, la posición ocupada por el campo universitario en el campo del poder y en el campo social en su conjunto, que registrar los efectos, sin saberlo, en un análisis superficialmente irreprochable porque se redujo a los límites aparentes de un objeto mal construido.

<sup>4</sup> Concursos de conocimientos amplios a través de los cuales se convocan los cargos de profesores universitarios (N. de la T.)

<sup>5</sup> Como lo advierten los editores de este *Anuario*, este trabajo presenta el estado del cuerpo docente en 1966 debido a las demoras en el registro de los nuevos nombramientos. En cuanto al *Anuario* de 1970, no ofrece más que, para cada establecimiento universitario, la lista de las Unidades de enseñanza y de investigación (UER, por sus siglas en francés), con el nombre del director. Se ha recurrido entonces a listas obtenidas del ministerio para el año 1970, que permitieron controlar la muestra y tomar en cuenta los nombramientos acaecidos entre 1966 y la fecha de la encuesta. (Se tomó la decisión de conservar, a lo largo del análisis –aún cuando la muestra se aplique a una época más reciente– la terminología que estaba en uso en 1967, como ‘facultad’, reemplazada después por ‘universidad’; o ‘decano’, reemplazado por ‘director de UER’).

<sup>6</sup> La comparación entre los profesores de las diferentes facultades debiera tomar en cuenta las tasas de incremento de las poblaciones de docentes (y de estudiantes) desde la década de 1950. Las diferentes facultades no están, si se puede decir, en el mismo estadio de evolución: mientras que

facultades de ciencias conocieron su máximo crecimiento hacia los años 1955-1960 y comienzan a limitarse alrededor de 1970, las facultades de letras no comenzaron a contratar docentes de manera considerable sino hasta después de 1960, y las facultades de derecho alrededor de 1965. Resulta que los mismos títulos no tienen el mismo valor en las diferentes facultades. Por ejemplo, en 1968, cuando las facultades de ciencias estaban en la fase de cierre, el nombramiento como profesor adjunto no ocurre sino hasta después de una espera relativamente larga (6 a 7 años), mientras que en letras, donde la expansión continúa, esta espera es más corta (esto se debe, sin duda, al hecho de que los asistentes en letras no siendo titulares, a diferencia de los asistentes de ciencias, no pueden mantenerse de otra manera que siendo promovidos al grado de profesor auxiliar). De la misma manera, las condiciones de acceso a la posición de profesor han sido sin dudas muy desigualmente afectadas por los efectos del crecimiento del cuerpo.

<sup>7</sup> Más que multiplicar los ejemplos de la argumentación, suficientemente monótona, que los profesores interrogados emplearon para rechazar las cuestiones políticas o sindicales, nos contentaremos con citar a ese profesor de la facultad de medicina que enuncia con todas las letras el siguiente principio: “les voy a decir que no tengo... creo que no es una escapatoria, pero creo que soy inclasificable, inclasificable porque, por lo demás, jamás pude adherirme a ningún partido (...). Como es sabido, hay una fórmula de Jean Guilton que dice que 'existen gentes cuyo compromiso es el de no comprometerse'. Pero antes que poner en tela de juicio al cuestionario, es esta respuesta de un profesor reconocido por su pertenencia al Partido Comunista la que hay que citar, porque ella introduce directamente el principio, científico y ético, que nos condujo a no retener más las opiniones políticas manifestadas públicamente: “Dije que no respondo a estas encuestas. Mis opiniones son sabidas por todo el mundo. Yo no las escondo. Pero no respondo a las encuestas. Dije que no respondo a esta encuesta”. (Se puede encontrar una crónica, completamente apasionante, acerca de las reacciones suscitadas por un cuestionario –poco defendible– de E. C. Ladd y S. M. Lipset sobre los profesores americanos en la obra de S. Lang, *The File*, New York, Heidelberg, Berlín, Springer-Verlag, 1981).

<sup>8</sup> Directorio francés de las personalidades de la alta sociedad (N. de la T.).

- <sup>9</sup> Se analizó, sólo para las facultades de ciencias y medicina (para las que disponíamos de esta información para 58 y 97% de la muestra), información más detallada sobre la familia de origen (título del padre, ocupación y título de la madre, ocupación y títulos de los abuelos y abuelas paternos y maternos y sobre la familia de pertenencia: ocupación y título del cónyuge).
- <sup>10</sup> Sólo una parte de la información obtenida sobre este punto pudo ser utilizada en el estudio comparativo de los profesores de las diferentes facultades; tanto los *cursus*, los concursos, los exámenes, los títulos, son completamente incomparables, y no pueden servir más que a comparaciones *al interior* de cada facultad, por ejemplo, entre las disciplinas (aunque estas comparaciones se hayan vuelto difíciles en sí mismas, en muchos casos, debido a la incomparabilidad relativa de las disciplinas y también por la exigüidad de las poblaciones involucradas). Entre los datos no utilizados, se puede mencionar, por ejemplo, para las letras y las ciencias, el lugar de preparación del concurso de la Escuela Normal Superior (ENS) o de la licenciatura; el número de años de preparación del concurso de la ENS; el lugar que obtuvieron y la edad que tenían en ese momento; la edad en la que hicieron su agregación, en la que obtuvieron el nombramiento para la ayudantía, como profesores, cuando hicieron su tesis de doctorado, etc.; o, para la medicina, la edad de la residencia externa y la edad que tenían y en qué lugar quedaron al solicitar su admisión; la edad al momento de ser aceptados para la ayudantía, en los hospitales, al profesorado; el estatus del empleador (grande o pequeño, joven o viejo, etc.), que constituye sin duda un elemento determinante del capital social específico y cuya elección parece depender mucho del capital social heredado.
- <sup>11</sup> También se examinó, sin conservarlo para el análisis, la pertenencia al Consejo de la educación superior, al consejo Universitario, la dirección de colecciones de la Presses Universitaires de France.
- <sup>12</sup> También se examinó la pertenencia a academias extranjeras, los doctorados *honoris causa* (y, para las facultades de letras, el número de trabajos y artículos publicados). Hubo que renunciar a un índice aparentemente tan simple como el número de artículos y trabajos publicados (para evitar comparar lo incomparable, ignorando las diferencias que separan en sus

objetivos, sus metodologías, sus resultados, las producciones de diferentes categorías de productores, según la generación, la facultad, la disciplina, etc.).

<sup>13</sup> No pudieron conservarse los premios “intelectuales”, extremadamente numerosos y contrastantes, que no podían codificarse de manera adecuada sin un estudio previo.

<sup>14</sup> No se conservó la pertenencia al Consejo económico y social, poco frecuente.

<sup>15</sup> La estructura de las diferentes instituciones de educación superior, distribuidas de acuerdo a las características sociales y escolares de los estudiantes o de los alumnos que están en ellas, corresponde muy exactamente, en todos los casos en los que la verificación es posible, a la estructura de las mismas instituciones distribuidas de acuerdo a las características sociales y escolares de los profesores: es de esta manera que los estudiantes proceden generalmente de la clase dominante o, al interior de ésta, de los sectores más favorecidos económicamente, como los industriales y las profesiones liberales, en las facultades de medicina o de derecho y no en las de letras o ciencias. Se sabe además que las facultades de medicina y derecho llevan a profesiones que están ubicadas más alto en la jerarquía económica que las facultades de ciencias y de letras, cuyos productos están, en buena medida, consagrados a la docencia. Pudiéramos extraer excelentes comentarios epistemológicos y sociológicos del hecho de que es suficiente con sustituir el orden socio-lógico, es decir IUT (Instituto universitario de tecnología), ciencias, letras, derecho, medicina, farmacia, por el orden habitualmente adoptado por las estadísticas oficiales, derecho, ciencias, letras, ciencias, medicina, farmacia, IUT, y actuar de manera análoga en el nivel de las categorías socio-profesionales, ordenadas también en contra del sentido común, para ver aparecer una estructura más o menos constante (las poco frecuentes discordancias cobran entonces un realce extraordinario) en las distribuciones (cf. Ministère de l'éducation national, Service central de la statistique et de la conjoncture, “Les étudiants dans les universités, année scolaire 1967-1968”, *Statistiques des enseignements, Tableaux et informations*, 5-2, 67-68, marzo, 1968).

<sup>16</sup> Parte del equipo médico no clínico dedicado exclusivamente a la investigación (N. de la T.).

- <sup>17</sup> Los datos obtenidos para una parte (58%) de los profesores de ciencias y para los profesores de medicina permiten suponer que la jerarquía sería la misma si se toma en cuenta la profesión de los abuelos, paternos o maternos, o, del hecho de la tendencia a la *homogamia*, el estatus profesional de la esposa con, del lado de las facultades de letras y de ciencias, una tasa elevada de profesores y, por el otro, una tasa elevada de inactivos y de médicos.
- <sup>18</sup> Dada la metodología utilizada, que es la de la *prosopografía* (cf. P. Bourdieu, "Annexe 1, Les sources utilisées", en *Homo academicus*. París:Minuit, París, 1984, pp. 253-266), algunos de los individuos que fueron ordenados en la categoría de los no determinados (ND) pueden tener las características referidas.
- <sup>19</sup> Todo parece indicar que la significación subjetiva y objetiva de la adhesión declarada al catolicismo varía, según su frecuencia, en el conjunto de la facultad o de la disciplina y, en segundo lugar, según el contenido, más o menos científico y "modernista", de la disciplina.
- <sup>20</sup> Sobre este punto, igual que sobre tantos otros, serían necesarias verdaderas monografías para determinar la parte del salario en los ingresos globales y el origen de los recursos complementarios, ligados evidentemente a la estructura de los presupuestos-tiempos. Del lado del poder universitario, los cursos suplementarios pueden ser fuente de ingresos importantes, igual que los derechos de autor de manuales exitosos (de los cuales habría que establecer cómo varían de facultad en facultad). Lo que quiere decir que las percepciones indirectas deben aumentar considerablemente cuando se pasa de las ciencias a la medicina.
- <sup>21</sup> Cf. J. Nettelbeck. (1979). *Le recrutement des professeurs d'université*, París, Maison des sciences de l'homme, mimeo, pp. 80 y ss. (anexo estadístico).
- <sup>22</sup> Sobre las consecuencias financieras, en el nivel de la suma de los salarios conseguidos en el conjunto de la carrera, de las disparidades de carrera, cf. A. Tiano .(1957). *Les traitements des fonctionnaires*, París: Genin, especialmente, pp. 172 y ss.
- <sup>23</sup> Los datos obtenidos para las ciencias y la medicina permiten suponer que las tasas de menciones al *baccalauréat* varían según la misma lógica.
- <sup>24</sup> Instituto de Ciencias Políticas donde se imparte educación de posgrado (N. de la T.).

- <sup>25</sup> Persona vinculada a una comunidad religiosa que, sin pronunciar los votos, está consagrada al culto. Al utilizar este término, Bourdieu sugiere la sensación de lealtad institucional que el maestro de origen humilde tiene para con el sistema educativo estatal, al considerar que le debe su formación, su cultura y su profesión (N. de la T.).
- <sup>26</sup> Puede entenderse como la opinión corriente entre la población, lo que se piensa en general y que aparece como ideas recibidas; de hecho, Gustave Flaubert intentó sistematizarlas en su “Diccionario de ideas recibidas” (N. de la T.).
- <sup>27</sup> Habría que analizar, por ejemplo, el verdadero ciclo de la Kula que representaban los intercambios de tarjetas de saludos, el primero de enero, entre los profesores de medicina. [El kula es un sistema de intercambio intertribal, llevado a cabo en algunas islas de la Polinesia, por medio del cual se hacen circular tanto objetos preciosos como de uso cotidiano, pero también alimentos, fiestas, servicios rituales y sexuales, hombres y mujeres. Se realiza siguiendo un movimiento circular que se desarrolla tanto espacial como temporalmente. El objeto esencial de los intercambios –o donaciones– del kula son los vaygu’a, que pueden ser de dos tipos: los mwali, bellos brazaletes tallados en concha y que se usan en las grandes ocasiones, y los soulava, collares de nácar, que se intercambian de acuerdo con un movimiento circular, pero cada uno en un sentido: los brazaletes circulan de oeste a este y los collares en sentido opuesto. N. de la T.].
- <sup>28</sup> Muchos profesores de derecho cumplen funciones de expertos o de consultores al lado de organismos públicos o privados, nacionales (ministerio de Justicia, por ejemplo) o internacionales (UNESCO), o de delegados oficiales de las instancias gubernamentales (en las conferencias internacionales, las comisiones del Mercado Común, o en la Oficina Internacional del Trabajo, las Naciones Unidas, etc.). Por ejemplo: “Fui representante del gobierno francés en la Conferencia de la Haya (...). En la actualidad, tengo una comisión bimestral del Mercado Común en Bruselas que se ocupa de unificar todos los proyectos de ley. El año pasado tuve una comisión en el ministerio de Justicia de revisión del código de nacionalidad. Ahora, sigo en Bruselas. Formo parte desde hace años de la comisión de expertos de la Oficina Internacional del Trabajo (...). Están los congresos. Formo parte del Instituto de Derecho Internacional” (Profesor de la facultad de derecho de París).

- <sup>29</sup> Personajes de *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, un farmacéutico positivista y pretencioso y un sacerdote ingenuo e ignorante, respectivamente (N de la T).
- <sup>30</sup> No se acabarán de enumerar las consecuencias –lo más habitual es que sean perjudiciales al progreso real de la investigación– de la generalización del modelo de ciencias naturales, bajo el efecto conjugado del modelo organizacional y tecnológico de esas ciencias y de la lógica burocrática, que llevaron a un cuerpo de administradores de la investigación, dispuesto por su formación y por sus intereses específicos a una visión propiamente tecnocrática, a no conocer y a no reconocer los “proyectos” concebidos sobre el modelo de las ciencias naturales; es así que se ha visto acumular toda una serie de grandes empresas con gran presupuesto, poniendo en marcha “tecnologías de punta” y contingentes importantes de OS [*obreros especializados*] de la investigación, dedicados a las labores parcelarias, que sólo pueden ser engendradas por los programas surgidos de la alianza de tecnócratas que ignoran todo acerca de las ciencias que pretenden manejar, o incluso dirigir, y de investigadores lo suficientemente desprovistos para aceptar dejarse imponer sus objetos y sus objetivos por un “requerimiento social” elaborado en la *brain-storming* confusa de los comités, comisiones y otras concentraciones de “responsables” científicos científicamente irresponsables.
- <sup>31</sup> Lo mismo es cierto para los profesores de derecho y, en muchos casos, de letras. Los profesores de derecho sobre todo identifican generalmente la investigación con trabajos *personales*, vinculados a su capacitación: “no ejerzo ninguna función del orden de la investigación, entonces la pregunta no tiene objeto. (...) La investigación que se hace hacer en las condiciones actuales sigue siendo una investigación que es puramente individual y que se hace por su cuenta y cubriendo los gastos. (...) No puedo separar la docencia de la investigación. Toda actividad pedagógica implica una investigación y toda investigación desemboca obligatoriamente, en un momento u otro, en una actividad pedagógica. (...) Todo lo que hacemos, en muy malas condiciones, es inmediatamente absorbido por la pedagogía y carecemos totalmente de perspectiva para preparar una investigación a largo plazo” (Profesor de derecho público, París).
- <sup>32</sup> Esto vale para el conjunto de las facultades, el efecto de contaminación que el poder universitario ejerce sobre la representación de la autoridad científica,



siendo sin dudas tanto más grande cuanto que la competencia científica es menos autónoma y formalizada.

<sup>33</sup> En el caso del derecho, los candidatos a concursos de agregación se reclutan en un universo de familiares, doctorandos, encargados de cursos complementarios, asistentes, es decir, entre la gente que supo hacerse conocer (cf. Nettelbeck, *op.cit.*, p. 25). En el caso de la medicina, la protección de un patrón era una condición absoluta del éxito. Eso era lo que hacía que los concursos fueran en sí mismos una simple ficción. Era el caso, por ejemplo, según uno de los profesores interrogados, de la agregación: “Era un concurso, que quede entre nosotros, que no valorábamos para nada. Se consideraba que era una artimaña que venía por añadidura, porque había que contar con el jurado. Entonces, no se concursaba excepto que los 'jefes de clínica' estuvieran dispuestos a formar parte del jurado. Entre alguien que hubiera obtenido la agregación y un cirujano hospitalario que no hubiera concursado, no había diferencia. (...) La agregación no era un diploma, o más bien era un diploma, pero no era un diploma difícil de obtener” (Profesor de la facultad de medicina, París).

<sup>34</sup> “Oh, alrededor mío, hay médicos por todos lados en mi familia. Somos ciertamente una gran familia médica. Mi padre era doctor; de mis cuatro tíos, tres eran médicos. De mis ocho primos, por lo menos cuatro o cinco son médicos, no he hecho la cuenta. Mi hermano no es médico, pero es dentista, es profesor en la Escuela dental de París. De verdad, cuando hay una comida familiar, *parece un consejo de la facultad*” (Profesor de la facultad de medicina, París).

<sup>35</sup> Se ha resaltado a menudo la importancia de la retórica, incluso de la elocuencia, en los concursos para residentes (cf. J Hamburger. (1963) *Conseil aux étudiants en médecine de mon service*. París: Flammarion, pp. 9-10).

<sup>36</sup> Todo permite suponer que esta relación entre el grado de objetivación del capital específico, necesario para la producción y para la comercialización de los productos, y las oportunidades diferenciales de los recién llegados, digamos, pues, la fuerza de las barreras al ingreso, se observa en todos los campos, comenzando por el campo económico propiamente dicho. (Así, no es por azar que, en el seno del campo de la producción cultural, es en el sector del teatro y particularmente del teatro burgués, que se encuentra, a lo largo de todo el siglo XIX, la mayor herencia profesional).

- <sup>37</sup> No se puede dar una razón completa de la oposición entre una ciencia y un arte sin ver que las prácticas científicas tienen una parte vinculada con procesos propiamente sociales de objetivación y de institucionalización: se piensa evidentemente en el papel de la escritura, como instrumento de ruptura con la inmediatez mimética del pensamiento expresado en lo oral, o en el papel de todos los simbolismos formales, particularmente lógicos o matemáticos, que empujan a la realización de los efectos de la objetivación a través de lo escrito, sustituyendo a la intuición, aunque fuera geométrica, por la lógica autónoma del simbolismo y su evidencia propia, “la evidencia ciega” como dijera Leibniz, que surgió de los símbolos mismos (Leibniz la llamaba también *evidentia ex terminis*). Está claro que este progreso en la objetivación de los métodos de pensamiento se realiza siempre en y por las formas sociales que presuponen y que llevan a su realización (la dialéctica, de donde surge la lógica, siendo, por ejemplo, indisoluble de la discusión institucionalizada, especie de justa entre dos adversarios en presencia de un público); y podrían distinguirse las disciplinas según el grado de racionalización y de formalización de las formas de comunicación que ellas utilizan.
- <sup>38</sup> Se podrían describir con el mismo modelo las relaciones entre el derecho y la economía, tal como se estableció al término de un proceso de automatización que arrancó a la economía del estatus de las disciplinas auxiliares (cf. L. Le Van-Lemesle. (1983). “L'économie politique à la conquête d'une légitimité (1896-1937)”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 47-48, pp. 113-117).
- <sup>39</sup> Esta oposición es completamente homóloga a la que se establece, en otro campo, entre el ingeniero y el arquitecto: en este caso, el hombre del arte puede invocar las necesidades imprescriptibles del Arte (y de manera secundaria del arte de vivir, es decir, del “Hombre”) contra las coacciones inhumanas e inestéticas de la técnica.
- <sup>40</sup> No hay necesidad de decir los efectos propiamente científicos de la jerarquía que se establecía entre las cátedras, y que orillaban a algunas cátedras fundamentales (como la de bacteriología) a constituir simples posiciones de espera antes del acceso a una cátedra más prestigiosa de clínica (acerca de esto, se puede leer el maravilloso estudio de H. Jamous (1967). *Contribution à une sociologie de la décision. La réforme des études médicales et des études hospitalières*, París: CES).

- <sup>41</sup> Cf. E. Kant (1953). *Le conflit es facultés*, París, Vrin, pp.14-15, 28 y 37. La validez parcial de la descripción kantiana plantea la cuestión de los invariables del campo universitario, e invita a una comparación metodológica de las diferentes tradiciones nacionales en las diferentes épocas.
- <sup>42</sup> Citado por M. Foucault. (1963). *Naissance de la clinique, Une archéologie du regard médical*. París: PUF (*El nacimiento de la clínica, una arqueología de la mirada médica*. Traducción de Francisca Perujo, Siglo XXI, México, 1990).
- <sup>43</sup> No es por azar que la facultad de derecho haya sido tan lenta para reconocer en los signos exteriores de la autoridad estatutaria, siendo el armiño y la toga instrumentos indispensables del *trabajo de representación* y de puesta en escena de la autoridad de los textos y de sus intérpretes la que forma parte integrante del ejercicio mismo de la función, es decir del acto de producir el derecho.
- <sup>44</sup> Una parte importante de los trabajos llamados teóricos, en materia de filosofía, de literatura o de derecho, consiste en tratar de cimentar en la razón nociones en “-ismo” (marxismo, naturalismo, liberalismo) que, como se verá más adelante para el estructuralismo, son principalmente, cuando no exclusivamente, fundamentadas en la necesidad social.
- <sup>45</sup> Se ve que la manera particular de su objeto, lo que tiene en común, en la definición fenomenológica, con las disciplinas jurídicas, ubica a la sociología en una posición completamente especial; si sucede que la opinión de los doctores, en ese sentido, toma la forma de una ortodoxia, es mucho más frecuentemente librada a la más extrema dispersión a raíz de la ausencia de fuertes controles académicos, y sobre todo sociales, al ingreso y a la diversidad correlativa de los orígenes sociales y escolares de aquellos que la producen.
- <sup>46</sup> En el comité universitario de apoyo a la candidatura de Valéry Giscard d’Estaing (*le Quotidien de Paris*, 17 de mayo de 1974), los profesores de medicina, y de derecho y de economía, están muy fuertemente representados, particularmente en París: respectivamente 28 y 18 sobre 64 (contra 10 en letras y 0 en ciencias) en París, y 18 y 14 sobre 47 (contra 8 en letras y 7 en ciencias) en provincia (en París, se cuenta además con 5 miembros del Instituto, un profesor en el CNAM). Las diferentes listas de apoyo a François Mitterrand no permiten un análisis tan preciso a raíz de que los títulos,

cuando son precisados, son demasiado vagos. Pero las facultades de letras y de ciencias están muy fuertemente representadas.

- <sup>47</sup> Cuando se consideran las tomas de posición públicas como más “verdaderas” –o “sinceras”– que las opiniones privadas, las confidencias a los amigos por ejemplo, se olvida todo lo que las manifestaciones públicas pueden tener de *obligado*, incluso de forzado –sin, sin embargo, ser necesariamente menos “sinceros”– cuando, por ejemplo, forman parte de un rol a ocupar, de una identidad social a defender, etc. Se podría, en esta perspectiva, analizar la influencia que la opinión común concerniente a la opinión “verdadera” de un agente –“X es de izquierda”– puede ejercer, en ciertas circunstancias, sobre estas tomas de posición públicas, pudiendo éstas tener, por principio, la intención de confirmar o desmentir esta opinión.
- <sup>48</sup> El error de percepción que hace aparecer a los profesores de las facultades de letras como globalmente de izquierda, permite a los profesores de esas facultades –relativamente poco frecuentes, al menos antes de 1968– que se declaren públicamente con el derecho de aparecer y de aparecerse como heréticos más o menos heroicos; mientras que, como se ve en mayo de 1968, si se exceptúa la desaprobación general que suscitan las tomas de posición políticas y los compromisos periodísticos, tienen el apoyo de la gran mayoría de sus colegas.
- <sup>49</sup> Una oposición similar se observa, en el seno mismo de las facultades de letras, entre la sociología y las disciplinas canónicas que puede tomar como objeto (sociología de la educación) o de las cuales puede tomar el objeto (sociología del arte, de la literatura o de la filosofía).
- <sup>50</sup> Traductora profesional, Colegio de México.